
BOLSILIBROS BRUGUERA
Selección
TERROR
EL GABINETE DEL "DOCTOR SANGRE"
CURTIS GARLAND


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

206 — Muerte con luz de gas, *Curtis Garland*.
207 — Lunaville, *Silver Kane*.
208 — Puerta a la muerte, *Alf Regaldie*.
209 — Escalofríos de muerte, *Ada Coretti*.
210 — Los muertos que no mate, *Burton Hare*.

CURTIS GARLAND

EL GABINETE DEL DOCTOR SANGRE

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 211
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 212 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: marzo, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

PROLOGO

—El siguiente, por favor.

La joven enfermera sonrió al hacer el anuncio. Realmente, cuando asomó a la salita de espera, solamente había un cliente. Una mujer. Esta se puso en pie, con un suspiro.

—Estoy yo sola —dijo innecesariamente, dejando la atrasada revista gráfica en la mesita de centro—. Todo el tiempo estuve sola, señorita.

—Lo comprendo —la enfermera asintió, haciéndose a un lado en la puerta del consultorio—. El señor Travers ha pasado mucho tiempo en la consulta del doctor.

Siempre le ocurre lo mismo. Seguramente llegó usted mientras él era atendido. Creí que ya no habría más pacientes, después del señor Travers... Entre, por favor, señora.

La cliente entró en la consulta del doctor Quayle. La joven enfermera, rubia y agraciada, de esbelta figura aunque con exceso de senos para su anatomía, cerró la puerta y salió al consultorio, para cerrar ya la admisión de clientela.

La mujer se encontró en presencia del doctor Quayle. James S. Quayle, como rezaba la placa de latón a la puerta del consultorio, en Francis Street, Westminster. Doctor en Medicina y Cirugía, exactamente.

—Buenas tardes, señora —saludó el hombre sentado tras de la mesa, sin incorporarse, tendiendo simplemente su mano hacia la paciente—. Siéntese, por favor. Rellenaremos previamente su ficha personal. Luego, me dirá lo que le ocurre...

Asintió la mujer, contemplando el aspecto pulcro y respetable del médico. Cabello blanco, bastante largo, limpio y cuidado, con largas patillas también. Gafas de montura de carey, con vidrios color caramelo, ante sus ojos de un tono azul claro. Bigote y barbita recortados, canosos, en el rostro surcado de finas arrugas y de color bronceado. Podía tener cincuenta o sesenta años, pero estaba muy cuidado.

Rellenó el doctor Quayle una ficha de cartulina con los datos que ella le proporcionó.

Luego, llegó el momento de hablar de sus dolencias. El médico asintió repetidas veces, haciendo preguntas escuetas, fríamente profesionales, sin revelar emoción alguna, como acostumbraba a suceder en tales casos.

—Por favor, pase ahí —le indicó otra salita contigua—. En un momento la examinaré más a fondo. Quítese la ropa de cintura para arriba. Le haré también un examen radioscópico, señora Kane...

Ella pasó a un gabinete inmediato, blanco y pulcro, sin ventanas. Una luz cruda, vertical, caía del techo. Mesa de operaciones, armario blanco con instrumental y otros muebles blancos, impecables, aparecían junto a un aparato de rayos X y otros elementos de radioterapia.

La rubia enfermera aguardaba allí, y sonrió amablemente a la señora Kane,

mostrándole un pequeño receptáculo, tras un biombo blanco, para que se desnudara sin problemas.

—El doctor estará en breve con usted —dijo con su voz suave y amable.

Se ausentó la enfermera, quedándose sola en el gabinete la paciente. Sin perder tiempo, desabotonó su blusa, mientras tosía un par de veces, con aquella tos bronca que últimamente le había estado molestando tanto, y que le forzó a ir al médico.

Claro que pasándose hasta altas horas de la madrugada tras la barra de un bar, sirviendo bebidas, teniendo que beber a veces con el cliente, y retirándose luego, con los fríos o las lluvias de la madrugada a su casa, no resultaba extraño, pensó la señora Kane, que su salud anduviese algo maltrecha. Menos mal, pensó, que su corazón, por contrario, era fuerte como un roble. Muchos médicos se lo habían dicho así, anteriormente. Ya era algo.

Se despojó de la blusa y de una camiseta sin mangas que se había puesto aquellos días, para proteger mejor su pecho. Luego, dudó entre quitarse o no el corpiño, pero como precisaba ser radiografiada, optó por quitárselo también, dejando libres sus voluminosos pechos.

Esperó así unos instantes, algo indecisa. Ella era una mujer de vuelta de todo, y de una moral muy elástica, como había que ser en su trabajo, pero le producía cierto reparo desnudarse ante un médico.

—Ya puede salir —oyó la voz del doctor Quayle.

Y salió, algo cohibida, poniendo las manos sobre los senos, aunque no le servían de mucho, dado su volumen. El médico ni siquiera la miró con ojos que no fuesen fríamente profesionales. La visión del muy respetable torso de la señora Kane, una dama todavía joven, aunque en la divisoria de la madurez, pareció dejarle indiferente. En el fondo, eso irritó un poco a la paciente. Estaba habituada a que los hombres elogiaran o miraran con malicia su busto.

—Aquí, señora Kane —invitó el médico, mostrándole el aparato radioscópico, que puso en funcionamiento pulsando un par de botones. Un leve zumbido sonó en la estancia.

Ella se situó tras la pantalla verdosa, donde el doctor Quayle examinó su tórax a través de los rayos X. Comentó con admiración:

—Un corazón fuerte y magnífico, señora Kane. La felicito.

—Sí, siempre me han dicho lo mismo —suspiró ella—. Pero eso no me ayuda a sentirme mejor ahora...

—Es natural. Tiene una fuerte congestión bronquial. Usted fuma mucho.

—Sí, doctor.

—Y bebe.

—Bastante, doctor. Forma parte de mi trabajo.

—Bien... —suspiró el doctor Quayle, desconectando el aparato. El zumbido leve dejó de sonar en el consultorio. Se incorporó—. Ya puede vestirse. Hemos acabado.

—¿Es... es muy malo, doctor? —indagó ella, aprensiva, retirándose de la

pantalla, nuevamente con sus dedos esforzándose por tapar la abundancia de sus pechos.

—No peor que lo que casi todos sentimos a veces —sonrió el médico de blancos cabellos. No tema, señora Kane. Dejando por un tiempo el tabaco, bebiendo algo menos y cuidándose del modo que yo le indicaré, estará perfectamente bien en pocas semanas.

Puede vestirse mientras regrese...

Volvió tras el biombo y el médico se ausentó. La señora Kane, más aliviada, comenzó a vestirse. Se preguntaba cómo iba a convencer a su patrón para no fumar y para beber menos. Eso no iba a gustarles en el bar. Tendría que pedir vacaciones, o algo así. Era lo mejor...

Acababa de asegurarse su corpiño sobre los senos, cuando notó el suave chasquido a su espalda. Giró la cabeza, sorprendida, con cierto sobresalto.

Una puerta blanca, disimulada en el muro, se había abierto a sus espaldas. Atónita, contempló a la persona que aparecía allí, mirándola, a menos de una yarda de distancia.

—¿Qué significa...? —comenzó, cruzando instintivamente sus brazos sobre los pechos apenas disimulados bajo el corpiño transparente.

Una mano enguantada se había alzado de súbito. En ella brilló algo. Un afilado y largo bisturí.

La señora Kane gritó súbitamente, con repentino horror. Trató de cubrirse, pero era en vano. El bisturí, cayó sobre su garganta. Se clavó en ella brutalmente, hasta que la sangre, al brotar, empapó los dedos enguantados de goma de su agresor.

Una helada mirada implacable estaba fija en ella, mientras se tambaleaba la señora Kane, tratando en vano de gritar otra vez, con un boquete sangrante en su laringe, y el bisturí caía de nuevo, con precisión matemática, rebanando el cuello de la paciente de oreja a oreja, con un corte profundo y certero, de experto cirujano.

Cayó atrás, con ojos desorbitados, la boca abierta, vomitando sangre, al igual que su garganta toda. Entre convulsiones, salpicando todo de rojo violentamente, ¡a mujer se desplomó, derribando consigo el biombo y una banqueta esmaltada de blanco.

Allí se quedó, repentinamente inmóvil, con la cabeza grotescamente girada. La voz glacial del asesino llamó sin emoción alguna: —Ya puedes entrar, Gladys.

—Sí, doctor —musitó la voz tranquila e indiferente de la rubia enfermera, cuando ésta apareció en la puerta opuesta, la que comunicaba con el consultorio. Miró, sin alterarse lo más mínimo, el cadáver de los señora Kane. Luego, sus ojos buscaron los del canoso y respetable doctor Quayle, cuya bata blanca aparecía ahora horriblemente salpicada de un rojo goteante.

—¿La ¡levamos al quirófano, doctor? —preguntó.

—Sí, en seguida —afirmó él con frialdad—. No hay que perder tiempo, Gladys. Ni un solo instante.

Una camilla oculta en un armario blanco empotrado, fue situada junto al cadáver.

Entre el médico y la enfermera, situaron allí el cuerpo de la señora Kane, cuyo busto aparecía ahora bañado en escarlata.

Alzaron la camilla sin dificultades. La rubia enfermera era mucho más fuerte de lo que su esbeltez daba a entender. Se adentraron por la pequeña puerta en el blanco muro, que se cerró de nuevo tras ellos, quedando casi invisible.

El gabinete del doctor James S. Quayle quedó vacío. Salpicado de sangre en una forma horrible, como único recuerdo de la increíble tragedia allí desencadenada en menos de un minuto.

CAPITULO PRIMERO

Karin Temple, enfermera del Middlesex Hospital, abandonó el recinto hospitalario demasiado tarde aquella noche. Una urgente intervención quirúrgica, a causa de un accidente de tráfico, tuvo la culpa de ello.

Lo lamentaba, porque ello iba a suponer un considerable retraso en todas sus restantes actividades. Sobre todo, en su encuentro con Harry. Tendrían que renunciar a su idea previa de ir al teatro. Eso irritaría un poco a Harry, pero ella no podía hacer nada por evitarlo. A fin de cuentas, Harry tendría que entender. Para algo era él médico también. Y forense, además. No podía sorprenderse de imprevisto más o menos en aquella profesión.

Había empezado a llover poco antes de que ella abandonase el hospital, y eso hizo que no fuera demasiado fácil encontrar un taxi libre. En el cruce de Goodge Street con Newman, no pudo vislumbrar ni un coche de alquiler sin pasajeros. Cierto que podía tomar el autobús, o ir hasta la boca del underground de Goodge Street, pero este último quedaba algo distante para caminar bajo la lluvia, y el autobús acababa de pasar cuando ella salía del hospital. Tendría que esperar unos minutos, y eso retrasaría más aún su encuentro con Harry.

Tras una vacilación, echó a andar hacia Totenham Court Road, optando por el subterráneo como mejor solución, pese el aguacero. Se protegió de la lluvia lo mejor posible, atando un pañuelo de cuello a su cabeza Y aceleró el paso cuanto le fue posible.

Fue al doblar por Whitfield Street, cuando tuvo su encuentro con aquello. Un momento que difícilmente olvidaría Karin Temple mientras viviese, a pesar de su profesión y de su costumbre a verse cara a cara con lo insólito y lo desagradable.

Primero pensó que era algún borracho. Luego, algún bulto voluminoso, desprendido quizá de una furgoneta o del techo de un coche. La lluvia golpeaba sordamente sobre su oscuro envoltorio, brillante a causa de la humedad.

Se detuvo, inclinándose y tocando aquel objeto voluminoso, tendido sobre la acera y el bordillo, no lejos de una de las farolas de alumbrado. Era el tejido impermeable de un sobretodo para la lluvia. Y, ciertamente, era una persona quien lo vestía.

Karin Temple fue enfermera antes que mujer, en esos momentos. Sin vacilar, giró el bulto, comprendiendo que era un cuerpo humano y podía necesitar alguna clase de auxilio si era víctima de un accidente.

Apenas volcó la forma boca arriba, descubrió el resto. Un alarido de horror escapó de sus labios, y se repitió hasta tres veces, invadiendo la calle lluviosa con su aguda nota de alarma.

Solamente unos instantes más tarde, la figura familiar y confortable de un policeman, surgió de la oscuridad y del aguacero, acercándose presuroso a

ella.

—¿Qué ocurre, señorita? —preguntó la voz del policía, solícita.

Ella se volvió. Bajo el casco del bobby, un rostro ancho y macizo, de pelirrojo bigote, la contemplaba con sobresalto. Karin Temple señaló al suelo.

—Ahí... —musitó—. Es espantoso, agente...

El policía se inclinó, clavando su mirada en el cuerpo tendido bajo la lluvia. También él, obviamente, debía de estar habituado a ciertas cosas. Sin embargo, su rostro expresó una repentina sensación de náusea, y tuvo que apoyarse en el muro de ladrillo inmediato, murmurando un ronco:

—Dios mío...

Luego, se llevó a los labios el silbato, empezando a hacerlo sonar estridentemente.

* * *

El superintendente Peter Warren, de New Scotland Yard, contempló fijamente al joven y nuevo forense de la ciudad de Londres que prestaba sus servicios en aquel distrito.

—¿Y bien, doctor Granger? —quiso saber.

Harry Granger se incorporó lentamente, tras fruncir el ceño. Sacudió la cabeza, con aire perplejo, sin poder dominar una cierta sensación de desagrado, pese a su profesión y especialidad legal.

—Es horrible, señor —comentó—. Hace tiempo que no veía algo parecido.

—No necesita decírmelo —refunfuñó con disgusto el policía.

—Parece un cadáver extraído de cualquier instituto anatómico o de una clase de disección de estudiantes de Medicina, señor. El trabajo hecho es, sencillamente, espantoso. Pero muy diestro.

—¿Diestro?

—Ya sabe a qué me refiero. No lo hizo un asesino vulgar. Tiene que saber anatomía. Y disección. Sabe manejar un bisturí perfectamente.

—¿Un médico?

—Un cirujano —puntualizó Harry Granger—, Hay seguridad y firmeza en cada corte. Se ha hecho un trabajo preciso en esa desgraciada mujer...

—Victoria Brown —recitó el superintendente, tomando unos documentos de manos de su subordinado, el sargento Hayles, que estaba junto a él en ese momento—. De profesión, "masajista". Ya me entiende, doctor. No la clase de masajes que se dan en una sauna normal.

—Entiendo. Prostituta disfrazada, o algo así —suspiró el forense, cerrando su maletín y apartándose del cadáver—. Pobre mujer... Me pregunto para qué lo harían...

—¿Usted qué cree, personalmente?

—No sé qué pensar. En otra época, hubiera dicho que experimentan con órganos humanos. Actualmente, superintendente, no creo que esas cosas

sucedan, la verdad. La Medicina, la Ciencia en general, están lo bastante avanzadas como para no precisar de cosas así, pero...

Se encogió de hombros, sin añadir más, alejándose del grupo, para reunirse con Karin Temple, su prometida, que aún temblaba ostensiblemente, en un rincón, sin haberse recuperado del shock sufrido al encontrarse el cuerpo.

—Calma, querida —murmuró—. Ha sido una gran desgracia que tuvieras que encontrarte tú precisamente con... con ese horror. Trata de olvidarlo, te lo ruego.

—No..., no puedo —murmuró ella roncamente—. Creo que siempre recordaré... la visión de ese cuerpo abierto, vaciado..,, como el de un animal en el matadero...

Cerró sus ojos, con un estremecimiento. El doctor Granger tomó sus manos, que estaban heladas. Las oprimió con fuerza, tratando de inculcarle algo de ánimos. Pero no parecía una tarea sencilla, ni mucho menos.

Y menos aún cuando llegó hasta ella el comentario del superintendente Warren: —Ya son dos... Dos en el período de cuarenta y ocho horas...

Karin dilató sus pupilas. Miró con repentino espanto a su prometido.

—¿Qué..., qué dice ese hombre? —gimió—. ¿A qué se refiere al decir que son... dos, en cuarenta y ocho horas?

El doctor Granger eludió mirarla a la cara cuando respondió, bajando la cabeza: —No es la primera mujer que aparece víctima de un hecho semejante, Karin... En realidad se trata del segundo cadáver en esas condiciones.

—Cielos... Harry, ¿cómo..., cómo fue el primer caso?

—Algo parecido, querida. Tan horrible como esto... en ese caso se trataba de una mujer empleada en un bar de chicas de Westminster... Apareció en las cercanías del puente de Lambeth... Se llamaba Sally Kane, y tenía treinta y nueve años. Lo mismo que a ésta... la habían seccionado en canal, extirpándole el corazón, el hígado y los riñones... Todo ello se hizo con un bisturí. Y quien practicó la operación, era un experto. Como en este caso...

Karin siempre se había creído una mujer valerosa. Por eso eligió la profesión de enfermera. Sin embargo, ahora, puso los ojos en blanco y se desmayó.

Harry Granger la tomó en sus brazos, justamente cuando el superintendente Warren giraba la cabeza hacia ellos. Ambos hombres cambiaron una mirada comprensiva.

—Dios mío, si una enfermera se desvanece ante esto, ¿por qué no puedo sentir yo náuseas? —se quejó amargamente el policía, con expresión demudada, encaminándose a un bar cercano para tomar algo fuerte.

* * *

La puerta del hotel Londonderry, en Park Lane, se abrió sin ruido.

Asomó la figura al corredor desierto y silencioso. Abajo, en algún salón del hotel, un suave carillón desgranó tres lentas campanadas. A esa hora de la madrugada, todo el edificio aparecía sumido en el silencio, como si nadie velara.

Los ruidos del vestíbulo y la conserjería, tampoco fuertes ni numerosos a tales horas, difícilmente podían ser audibles en el tercer piso. Lentamente, la figura se puso a andar sobre la mullida alfombra del corredor. No producían ningún ruido los pasos de aquellos pies calzados con chanclos de goma. Los movimientos del merodeador nocturno, eran cautelosos como los de un felino.

Realmente, el parecido entre el merodeador y una pantera negra, resultaba notable. La figura era cautelosa, elástica, y aquella malla negra, ceñida a su cuerpo como una segunda piel, producía la impresión de la sinuosa forma de un felino musculoso y ligero. Una caperuza negra, envolviendo la cabeza, y los guantes de igual color en las manos del extraño huésped, completaban esa impresión inquietante.

El misterioso personaje extrajo algo de un bolsillo oculto en la negrura de su ropaje. Era un manojo de llaves muy especiales, desde un fino garfio hasta una especie de tenaza graduable. Se trataba de un completo juego de ganzúas y llaves maestras. Difícil sería que con aquellas llaves se resistiera ninguna puerta.

La del hotel, elegida por él, ciertamente no ofreció la menor resistencia. Bastó un par de pruebas para lograr que diese un chasquido la cerradura, cediendo al intento.

La hoja de madera marcada con el número 307, cedió suavemente, sin ruido. Las manos enguantadas de negro eran como suaves zarpas de terciopelo, capaces de acariciar sedosamente, sin la menor violencia, sin romper ni alterar nada. Sin hacer el más leve sonido.

Tras las dos ranuras de la caperuza negra ajustada a la cabeza, unos agudos ojos verdes brillaban con la malignidad astuta de las pupilas de un gato. Eran ojos a los que parecía difícil que se le escapase detalle alguno.

Avanzó lentamente en una habitación en sombras, tras cerrar de nuevo sigilosamente la puerta de entrada. Las pisadas eran como roces acolchados en el suelo.

Pasos de un gato, de un animal cauto y flexible, todo astucia y precisión en cada movimiento de sus bien sincronizados músculos.

Dejó atrás una pequeña antesala, una cortina rojo oscuro, para alcanzar la habitación donde alguien dormía sin sospechar la vecindad del visitante de madrugada. La alcoba de un huésped del hotel.

Los ojos del visitante fueron al tocador, situado a la izquierda del lecho. Las pupilas verdes parecieron centellear más aún, con el reflejo de aquellos destellos Irisados que se derramaban sobre el mueble, emergiendo como burbujas de luz de un joyero a medio cerrar.

Gemas. Diamantes de gran limpieza, ensartados en un collar, en una

pulsera y en unos pendientes de gran valor. Entre los cristalinos destellos, fulgores rojizos anunciaban la existencia de rubíes muy nítidos, formando conjunto en las joyas.

La mano enguantada de negro fue rápidamente al joyero. En apenas un segundo, todo el costoso juego de joyas estaba entre sus dedos. Y un momento después, en el profundo, invisible bolsillo negro de su atavío.

El ladrón encapuchado iba a ausentarse ya, tan sigiloso como había llegado, cuando sus ojos se clavaron súbitamente en la figura durmiente.

No era exactamente el bulto humano situado bajo las ropas lo que atrajo su atención.

Tampoco el hecho de que la cabellera rubia y larga que reposaba en la almohada, indicase sin lugar a dudas el sexo femenino del ocupante de la habitación 307. Las pupilas del gato humano estaban fijas en unos centelleos deslumbrantes: los de una mano situada fuera de las ropas, sobre el embozo.

Se aproximó un poco más. Unos pasos, muy pocos. Una leve claridad se filtraba del exterior a través de las cortinas del balcón. Esa misma claridad hacía centellear el anillo de brillantes y la alianza de platino con perlas engarzadas entre diamantes. En la otra mano, un solitario dejaba ver el fulgor de una gema de gran valor.

—Viejas chifladas... —musitó una voz tras el negro tejido de la caperuza —. ¿Cómo se les ocurre llevar todo eso encima, sin depositarlo en la caja del hotel? Si no fuera por mujeres así... ¿qué sería de mi honesta profesión?

Alargó sus ágiles y elásticos dedos. Se movían como si fuesen pequeños reptiles negros, sinuosos y silentes. Las manos de la mujer rubia dormida parecían las de una muerta, tal era su lasitud cuando el visitante de madrugada manipuló sus dedos, extrayendo de ellos las joyas. Rápidamente, éstas también pasaron al invisible bolsillo negro, perdido en la malla que se ceñía al cuerpo del misterioso personaje.

Luego, se dispuso a extraer el solitario de la mano opuesta. Para ello, se deslizó en torno al lecho, agazapado... y luego se irguió, aferrando con una suavidad aterciopelada el dedo del solitario fabuloso, para desprender de allí la joya.

La luz del exterior, a través del balcón, caía sobre la cama, trazando en la almohada, un largo reguero de claridad azul. El centelleo del brillante en el anillo, era deslumbrador.

Pero las verdes pupilas del ladrón nocturno no se fijaban ahora en ese fulgor incandescente, pese a que era el brillo lo que más le atraía siempre a su instinto profesional.

Una expresión de horror e incredulidad asomó a aquellos ojos, poco antes fríos, enigmáticos y maliciosos. La mano enguantada de negro se retiró velozmente de la otra, pálida y yerta. El solitario dejó de tener para él valor alguno en ese momento.

Estaba contemplando la sangre que empapaba la cama, el rostro alucinante de una mujer de larga melena rubia y edad madura, que parecía dormir en

aquella alcoba del hotel Londonderry.

No dormía. Si acaso, era su último sueño. El de la muerte...

Una muerte espantosa, delirante. Aquel rostro era su fiel reflejo, demudado y convulso, con los ojos casi fuera de las órbitas, la boca sangrante, la piel cérea...

Debajo, el tórax de la infortunada había sido abierto en canal, con un corte limpio, largo y perfecto. De aquella disección, había escapado un raudal de sangre que acartonaba las sábanas en un matiz rojo negruzco. Hasta casi el paquete intestinal llegaba el largo y profundo tajo de nítidos bordes.

Quizá por vez primera en su vida, el cerebro que ocultaba aquella caperuza negra, vaciló ante el horror que se cruzaba en su camino de ladrón de guante blanco en los grandes hoteles.

Y por si ello fuera poco, súbitamente un reflector alumbró intensamente el balcón de aquella alcoba, destacando con claridad espeluznante el horrible espectáculo de la dama ensangrentada, y una sirena policial sonó en la calle, muy cerca del hotel.

Simultáneamente, por el corredor del Londonderry, fue audible el ruido de carreras, de pisadas rápidas y de voces destempladas, en dirección al lugar donde se hallaba el merodeador de madrugada.

—Me han descubierto... —jadeó el ladrón de ojos verdes, sintiéndose como un animal acosado—. Estoy acorralado aquí... ¡con ese cadáver!

CAPITULO II

Unos golpes violentos, en la puerta de la suite número 307, fueron seguidos por el grito áspero de un hombre:

—¡Abran! ¡Abran inmediatamente, en nombre de la ley! —Tras una pausa, nuevos golpes, y una nueva demanda—: ¡Abran! ¡Soy el detective del hotel, y sé que hay alguien ahí! ¡Señora Kimball, abra usted si puede! ¡La policía viene conmigo, no tiene nada que temer! ¡Ese delincuente está atrapado, no tiene salida posible! ¡Los coches patrulla de Scotland Yard también bloquean el exterior!

El enmascarado sabía que su situación era extremadamente grave. Lo sabía ya antes, pero ahora no obtenía sino la confirmación definitiva. Era un cerco. Y él estaba en medio.

Lo que ignoraba, por el momento, era si estaba preparado para él... o para el asesino.

Porque, evidentemente, la tal señora Kimball había sido asesinada.

Y asesinada de un modo que no era habitual. Nadie abre en canal a una persona, con el sólo objeto de quitarle la vida. Era demasiado esfuerzo. Demasiada sangre.

Tomó una rápida decisión. No había mucho que pudiera hacer en estos momentos, con la luz de los faros bañando la fachada del hotel de Park Lane, y algo, posiblemente una llave maestra del detective del hotel, hurgando en la cerradura de la puerta. Entre las cosas que le era posible hacer, eligió la más práctica. Y la llevó a cabo. Sabía lo muy arriesgado que era todo ahora, pero no tenía dónde elegir. Eso, o nada. Y, por supuesto, eligió... eso.

Se encaminó con celeridad al cuarto de aseo. Esperaba que, cuando menos, fuese idéntico al de su propia habitación, al final del pasillo. Entró, cerrando rápidamente tras de sí. Se quedó mirando la angosta ventana de cristal esmerilado, con un suspiro de alivio.

De momento sí, Era igual en todo al suyo.

La abrió, mientras afuera sonaban las voces entre juramentos, y el detective probaba otra llave, quizá por no encontrar la adecuada. Aquel nerviosismo le favorecía a él, pero estaba seguro de que no sería por mucho tiempo. La suerte acostumbraba a ser un pájaro fugaz al que era preciso aprehender al vuelo... o escapaba para siempre. Sabía eso por experiencia.

De sus ocultos bolsillos, extrajo un ovillo de fuerte cordón de seda, sujeto a un objeto peculiar de metal. Se puso en pie sobre el lavabo, abrió la ventana de vidrio escarchado, y miró al oscuro exterior. Observó una leve claridad, dos pisos más arriba. Dudó. Eran casi cinco yardas de distancia, en sentido vertical, en un angosto patio oscuro. Pero dudar, era un lujo que no podía permitirse.

Asomó su brazo por la ventana, apuntando con el ovillo a aquella ventana. Apretó un resorte, y algo salió disparado, como un furioso dardo, silbando en

el patio de respiración de los lavabos... para terminar clavándose en la madera de aquella ventana distante.

Tiró con fuerza del cordón de seda. La puerta de la alcoba, había ya cedido. Habían abierto la cerradura. Su tiempo se terminaba.

El cordón resistió la prueba. El dardo engarfiado de su extremidad, estaba profundamente hincado allá en la madera, aunque eso no era ninguna garantía infalible de éxito. Tres pisos más abajo, unidos a un sótano y semisótano, serían su abismo, si cedía.

Penetró por la ventana, y colgó en el vacío oscuro.

Cerró la misma con la punta de sus dedos. Eso le daría algo más de tiempo, sin duda.

Empezó a reptar, con agilidad simiesca, por el sedal negro que pendía en el vacío. Su experiencia en el juego parecía ser considerable. Ni un solo fallo... y alcanzó la ventana superior, la de la luz reflejada, en cuyo rectángulo de madera del marco se hincara su dardo. Este hacía crujir la madera, pero resistía bien el peso de la elástica figura negra.

Abajo, captó voces, gritos, un ostensible revuelo. Era obvio que habían descubierto no sólo el robo de las joyas... sino la muerte violenta de la señora Kimball. Una vez ante la ventana, presionó ésta, por si estaba encajada por dentro con pestillo. En ese caso, el diamante de su anillo, bajo el guante de su mano zurda, resolvería el caso. No era preciso. Sólo estaba entornada.

Respiró con alivio, empujando la hoja de madera y vidrio. Su cuerpo, como el de una culebra, penetró rápidamente en el cuarto de aseo, sin producir el menor ruido. Apenas cayó dentro, en la oscuridad del mismo, poniendo sus pies encima del lavabo, arrancó el dardo de disparo automático del marco de madera, y dejó la ventana cerrada con pestillo, herméticamente. El dardo y el sedal negro volvieron a su insondable bolsillo.

El ladrón de hotel se mantuvo quieto, conteniendo incluso el aliento. Aguzó el oído, cosa que en él casi no era necesaria. Escuchó. Una respiración pausada venía de la alcoba inmediata. Alguien dormía en la habitación, cuya luz tenue se filtraba a través de la puerta entreabierta. Era el quinto piso del hotel, dos plantas por encima del teatro de su hazaña... y del escenario del espantoso crimen.

Se despojó con rapidez de la caperuza. También de los guantes. La parte superior de su malla, parecía un suéter negro, de cuello alto, completamente normal. De otro compartimento de su indumentaria, salieron, muy plegados, unos pantalones de liviano tejido, color gris, con apariencia de tela más gruesa. Extendió los mismos y se los puso. Al incorporarse, era solamente un hombre alto, esbelto, joven, de cabello oscuro, ojos verdes, tez bronceada, manos ágiles, suéter negro y pantalón gris. En su apariencia, no había absolutamente nada anormal ni sospechoso.

Extrajo las joyas robadas en la planta inferior, y las envolvió en una bolsa de plástico, con cierre hermético y una tira adhesiva. Se apresuró a prender ésta dentro del depósito del agua del cuarto de aseo. Luego, tranquilamente,

salió a la alcoba iluminada, disponiéndose a salir de ella y encaminarse al ascensor que habría de conducirle a los sótanos del hotel, o bien la planta baja. El botín tendría que esperar allí a su regreso.

Cruzó con sigilo la estancia, tras mirar, pensativo, a la inmóvil figura que reposaba en el lecho de la alcoba iluminada. La luz de una lámpara de mesilla, reveló que, por segunda vez, estaba en el dormitorio de una mujer.

Sólo que ésta era pelirroja, yacía boca abajo en su cama, con la melena desparramada sobre sus hombros desnudos, y no había, por fortuna, rastro alguno de sangre en torno suyo. Además, a juzgar por la tersura de su espalda, visible hasta casi la cintura, debía de ser mucho más joven que la infortunada víctima de abajo...

No vio joyas en parte alguna, salvo en las orejas de la pelirroja, en forma de unos sencillos pendientes de oro con unas piedrecillas, pero su examen fue más por pura rutina profesional que por auténtico afán de rapiña. No estaba ahora para eso.

Llegó cerca de la puerta. Estiró su mano hacia el pomo, para abrir y abandonar la habitación.

—Es mejor que se quede donde está, señor —dijo la fría voz a su espalda —. ¿O prefiere que empiece a disparar?

Se volvió con rapidez, dominando su sobresalto. Contempló a la pelirroja que, momentos antes, parecía dormir profundamente. Ahora estaba erguida en el lecho. Sin importarle demasiado que su torso no llevara corpiño alguno. Ni preocupada por la forma erguida y vibrante de sus senos.

Empuñaba una pistola automática de pequeño calibre, un arma de color niquelado y cachas de nácar. Un juguete. Pero a aquella distancia, podía dejarle seco. O, cuando menos, poner en conmoción con su estampido a todo el piso del hotel. Sólo eso le hubiera faltado.

—No, no dispare —pidió—. Sólo intentaba marcharme. No le he quitado nada...

—Lo sé. Estaba despierta cuando entró —la pelirroja tuvo una sonrisa irónica, casi divertida. No parecía asustada en absoluto por la situación—. Pero eso que ha dicho me hace suponer que usted es... El Enigma. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca —suspiró el hombre de ojos verdes, caminando unos pasos hacia ella con sus brazos en alto—. Soy El Enigma, el ladrón de guante blanco .

—¡Un asesinato! —Gritó alguien abajo, siendo audible su voz por el patio de los lavabos, e incluso por la puerta que daba al corredor—. ¡Ha sido un asesinato esta vez!

¡Ese maldito ladrón no sólo robó a la señora Kimball sus joyas... sino que la asesinó ferozmente! ¡Impidan que salga nadie! ¡Hay que darle caza! ¡Que no escape de este hotel...!

Los ojos de él y de ella se entrechocaron como espadas. Los labios de la pelirroja se apretaron en una dura línea recta, sus ojos pardos fulguraron... y

el dedo se tensó ostensiblemente en el gatillo de su arma.

* * *

—Sé que será inútil cuanto le diga, Pero yo no hice eso. Yo no causé el menor daño a la señora Kimball. Nunca maté a nadie.

Las palabras de excusa del Enigma, eran escuchadas con frío escepticismo por su interlocutora. El arma no se desviaba una sola pulgada de su trayectoria, recta a la cabeza del ladrón.

—No puedo creerme una sola palabra —manifestó ella con frialdad—. He oído a esa gente. Sabía que había un ladrón a quién querían tender hoy una emboscada. Pero no podía sospechar que, además de robar joyas en el hotel, fuese un asesino.

—No lo soy —manifestó con serenidad El Enigma, sin pestañear siquiera —. Un ladrón de mi clase, nunca descendería tan bajo. Si hubiera visto a esa pobre señora Kimball... Al menos llevaba una hora muerta cuando yo entré. Quizá más. La sangre está seca, lo empapa todo...

Esperaba conmoverla, horrorizarla. La pelirroja, pese a su juventud, no se inmutó demasiado. Todavía, ni siquiera había tapado sus pechos. Ni hacía ninguna falta. Eran maravillosos.

—No se mueva de donde está —silabeó ella—. Si veo algo raro en sus gestos, dispararé.

Se inclinó hacia el teléfono de la mesilla. El Enigma la interrogó: —¿Qué va a hacer ahora?

—Llamar, por supuesto. Tengo que entregarle lo antes posible.

—Está bien— resopló el ladrón—. Quizá me culpen de eso. Pero yo no he manejado un bisturí en mi vida. .

—¿Bisturí? —Ella le miró fijamente, con incertidumbre, su mano sobre el teléfono—.

¿Por qué dice eso?

—Oh, es simple imaginarlo. Esa clase de corte sólo puede hacerse con algo así. Es el trabajo de un matarife o de un cirujano. Pero yo diría que se hizo con bisturí, no con cuchillo. El corte es limpio, perfecto. Y en canal...

—En canal... —ahora, sí. Ahora, la pelirroja se estremeció ostensiblemente. Miró con fijeza al ladrón de guante blanco— ¿Quiere decir que a la señora Kimball.., la cortaron de arriba abajo?

—Eso es. Desde la garganta al vientre. Un solo tajo. Algo espantoso. Sangró como un animal en el degolladero. Si ve su rostro... Daba pánico. Y yo no soy persona que se asuste por nada.

—Yo tampoco —ahora, el rostro de la bonita y joven pelirroja del torso desnudo, aparecía pálido, demudado súbitamente—, Pero no me gusta lo que usted me ha contado. ¿No le habían robado nada cuando usted llegó?

—Ahí está lo raro. Absolutamente nada. Son unas joyas valiosísimas.

—¿Dónde las tiene? —indagó ella, brusca.

—Es mi secreto —sonrió irónicamente el ladrón—. ¿Le interesan esas joyas acaso?

—No, claro que no —la pelirroja se mordió el labio inferior—. Lo que me sorprende es un crimen... sin que desvalijen la habitación del hotel donde se ha cometido.

—A mí me sorprende más aún el crimen en sí. Se mata de una puñalada, de un golpe, de un disparo, por estrangulación... incluso por medio de un veneno. Pero esa carnicería...

—Esa carnicería, precisamente, es lo que me preocupa, señor Enigma —manifestó ella con frialdad—. No es la primera vez que oigo hablar de algo así. Y me afecta, en cierto modo, profesionalmente. Mi nombre es Hazel. Doctora Hazel Marsh.

—¡Doctora! —repitió el ladrón, pensativo—. Ya entiendo...

—No, no entiende —rechazó ella, con sus bonitas cejas color cobre fruncidas, y un pliegue de profunda preocupación entre ambas—. Si es lo que creo, usted ha tenido el infortunio de ir a elegir su víctima precisamente en una...

Se interrumpió. Por el corredor de la quinta planta sonaban pasos. Y golpes en algunas puertas, con fuerza, mientras una voz avisaba con energía: —¡Por favor, abran ustedes! ¡Por favor, señores, abran sus habitaciones! No les molestaremos demasiado. Somos la policía, y estamos buscando a un peligroso asesino, eso es todo Un asesino que podría haberse infiltrado en sus habitaciones, sin ustedes mismos saberlo... Abran, se lo ruego. Quien se resista a ello, verá violentada su puerta, aun sintiéndolo mucho. Es una emergencia, compréndanlo... Sólo pedimos su colaboración, su ayuda cívica, en bien de todos... Abran, abran lo antes posible, por favor...

El Enigma miró a la joven pelirroja. Sonrió, encogiéndose de hombros.

—Bien, ya ha oído —suspiró—. ¿Abro yo mismo, doctora Marsh?

Ella volvió a morderse el labio, pensativa. De pronto, hizo un gesto brusco.

—¡No sea necio! Vamos, venga aquí. Pronto... ¡Desvístase!

—¿Qué dice? --los verdes ojos se abrieron mucho, mirándola perplejos.

—¡Le he pedido que se desvista ahora mismo! —insistió ella, guardando el arma bajo su almohada—, ¿O quiere que le sorprendan vestido así, cuando se abra esa puerta?

—Bueno, si me sorprenden en traje de Adán... aún va a ser peor... —comentó él, irónico—. Y bastante menos airoso, doctora.

—Deje de hablar, y actúe. Una vez desvestido, venga aquí. Métase en el lecho. Es todo lo que tiene que hacer. Ah, eso... y recordar que se llama usted Marsh. John Marsh, esposo de la doctora Marsh. Es todo. ¿Entendido?

—Claro —empezó a despojarse de sus ropas el ladrón con aire todavía algo perplejo—.

Está perfectamente entendido, pero... no sé por qué hace esto.

—Quizá más tarde se lo diga. Ahora, termine de una vez —las voces y los

golpes llegaron ahora a su propia puerta—. Tenemos muy poco tiempo...

Sólo unos segundos más tarde. El Enigma se hundía entre las sábanas, y un cosquilleo inquietante le invadió, cuando la pelirroja y joven doctora le rozó, al acostarse a su lado...

Pero eso duró apenas un segundo, porque inmediatamente, ella contestó en voz alta, a los requerimientos del exterior:

—¡Ya voy, ya voy! ¿Es que no van a dejamos dormir tranquilos? ¿Qué clase de hotel es éste...?

Y se levantó de la cama, cubriéndose con una corta bata verde, que anudó a su cintura para ir a abrir la puerta mientras el ladrón de hotel, con sus oscuros cabellos en desorden y el rostro con aire somnoliento, se incorporaba a medias entre las sábanas, como si acabaran de sacarle de un pesado sueño.

* * *

—Fue muy agradable permanecer a su lado... aunque sólo fuera un segundo, doctora.

Fumó en silencio, mientras ella paseaba por la estancia, tras haber servido scotch en dos vasos, tomando los botellines del minibar de la habitación del Londonderry. Se decidió a contemplar las bellas piernas y los llamativos muslos de su pelirroja salvadora, bajo la verde bata anudada a su no menos sugestivo cuerpo.

Ella se paró de repente, mirándole, también con un cigarrillo emboquillado entre sus dedos, a medio consumir.

—Hemos de salir de aquí lo antes posible, señor Raffles —habló ella, sarcástica—. En el hotel me he registrado yo sola. La policía tardará menos de un par de horas en saber eso, si queremos ponernos en una posibilidad muy optimista. Para entonces, será necesario estar lejos del hotel.

—De todos modos, usted se compromete por mí. No saben quién soy yo. Me creen un tal señor Marsh. Pero usted es la doctora Hazel Marsh. Nada más fácil que localizarla.

Seguro que tiene su consulta en Harley Street —completó, riendo (*Todos los buenos médicos londinenses tienen su consultorio en Harley Street, calle donde, por tanto, todo profesional que se precie, procura recibir a sus pacientes*).

—Muy gracioso —caminó hasta pararte ante él—. Ni siquiera soy doctora en Londres, sino en Manchester. Pero eso también lo averiguarán. De todos modos, una vez fuera de aquí, y no siendo usted identificado, puedo alegar que estaba acostada con un amante.

—No se lo tragarán, doctora.

—Conforme. Quizá no. Pero tampoco podrán probar otra cosa. Ahora, créame, lo importante es que usted salga de aquí.

—Pero ¿por qué le ha dado por convertirse en mi hada madrina, doctora Marsh? —Se intrigó El Enigma—. ¿Quiere seducirme, acaso?

—No sea tonto —rió ella, pese a lo dramático de la situación. Llegaban hasta ellos ruidos de la planta inferior, de la superior... La búsqueda continuaba. Y cada vez más intensa—. Sólo sé de usted que le llaman el Enigma, y es el azote de los hoteles de lujo de Londres. Al oír hablar de sus hazañas, pensé hallarme en otra época. Imaginaba que eso de los ladrones de guante blanco estaba ya en desuso...

—Las viejas modas siempre vuelven —rió el ladrón—. Como el charlestón, los pulp o las películas mudas... ¿Por qué no había de volver un Arsenio Lupin o un Raffles?

—Sí, vistas así las cosas... —le miró, curiosa—. Dígame... ¿Cómo pudo ocultar las joyas de la señora Kimball? Esos hombres de la policía lo registraron todo al entrar, comprobaron que la ventana del cuarto de aseo estaba cerrada por dentro, y eso les tranquilizó, pero no cejaron de buscar algún indicio del paso del Enigma... Siento curiosidad por saber dónde están esas joyas. .

—De todos modos, aunque se lo dijera no podría sacarlas del hotel. Registrarán a todo el que marche, es obvio. Cargar con esas joyas, sería delatarse.

—Ya veo —los ojos pardos de la joven brillaron—. Piensa dejar aquí su botín, a la espera de un posible regreso...

—Quizá —él se encogió de hombros—. Creí que no le interesaban esas joyas...

—Me interesa usted. Y su persona. Aún no estoy segura de que no sea un asesino... y sin embargo, me comprometo, encubriéndole en mi propia alcoba y mintiendo a la policía.

—¿Por qué lo hizo? Aún no ha contestado a esa pregunta mía...

—Tal vez no sabría contestarla —le miró, pensativa—. Quiero creer que usted no mató a esa mujer...

—Un viejo axioma de los ladrones de otros tiempos, afirmaba que un ladrón del hotel jamás causa daño a sus víctimas —comentó él, burlón.

—Quizás sea cierto. De todos modos, usted mencionó un crimen singular... La obra de un cirujano, quizá.

—¿Es eso lo que la hizo obrar así? ¿Teme que pueda resultar usted sospechosa, por su profesión, doctora Marsh?

—Si llegase a serlo, conmigo lo serían otras quince personas, cuando menos. En realidad, más de veinte.

—¿Veinte personas? ¿En este hotel?

—Sí, en este hotel —suspiró la pelirroja—. ¿No sabía que, precisamente hoy, esta noche, hubo aquí una convención de médicos cirujanos?

—No —manifestó él, sorprendido—. No lo sabía...

—Cualquiera de ellos pudo matar a la señora Kimball —se despojó olímpicamente de su verde batín, sin importarle quedarse casi en traje de Eva, a excepción de su breve slip.

Y añadió, rotunda, empezando a tomar sus ropas—: Prepárese. Tenemos


que salir de aquí los dos. Lo antes posible. Mientras tanto, iremos estudiando la estrategia para conseguirlo...

CAPITULO III

El superintendente Warren echó una triste ojeada a la lista de huéspedes del Londonderry. Luego, sacudió la cabeza, soltando un resoplido de contrariedad. Su modo de mirar al inspector encargado del asunto en el hotel, no tuvo nada de amistosa ni aprobadora.

—De modo que tardaron en investigar a fondo a los clientes del hotel... —rezongó—, Y luego, se dieron cuenta de que la doctora Marsh ocupaba ella sola una habitación, sin esposo alguno...

—Exacto, superintendente —admitió con tristeza el policía de servicio—. Nunca pudimos imaginar que una mujer, y además con el título de doctora en Medicina, pudiese servir de encubridora a un ladrón y asesino...

—Va usted demasiado deprisa, inspector —le atajó Warren, sombrío—. Esa joven doctora pudo tener en su habitación a un amigo, a un amante a quien no registró en el hotel... Esas cosas ocurren, por mucho que se vigile en conserjería, y más en estos grandes hoteles de lujo. Lo cierto es que nada relaciona en buena lógica a un ladrón como el Enigma, con una doctora de Manchester... salvo en el hecho de que ese ladrón debió robar las valiosas joyas de la señora Kimball..., y que alguien que sabe manejar un bisturí, causó la muerte a esa dama.

—Tal vez una complicidad de ambos... El ladrón y la doctora, señor...

—Tal vez —hizo un gesto escéptico—, Pero me parece un acto brutal, para que lo realice una mujer... y sea cómplice de ello un ladrón de hotel. Esta clase de bribones, rara vez se tiñen de sangre las manos. Claro que siempre cabe una excepción...

Paseó por la estancia, nerviosamente. El forense ya abandonaba el dormitorio de la señora Kimball. Warren le miró, ceñudo.

—¿Y bien, doctor Granger? —demandó.

—Lo de costumbre —suspiró cansadamente el joven forense, sacudiendo la cabeza—.

Un corte perfecto, auténticamente profesional. Órganos vaciados, como el corazón, el hígado y el bazo... Algo terrible. Se vació de sangre en la hemorragia. Pobre mujer...

—Una americana en Londres, viajando sola, con su esposo esperándola en París... y halla esta clase de muerte, en un hotel de lujo, respetable y digno —rezongó malhumorado el superintendente Warren—, Por todos los diablos, me gustaría saber qué está sucediendo, por qué todo este horror, este baño de sangre.

Un agente de Scotland Yard, se aproximó al superintendente, tras hablar con el gerente del hotel, y recibir de manos de éste una lista de nombres mecanografiados. Warren la miró, pensativo. El agente le tendió el papel.

—Las cosas se complican, señor —dijo—. Acaban de informarme de que todos esos nombres pertenecen a personas que estuvieren hoy en el hotel

Londonderry, hasta bien entrada la noche, celebrando una convención. Hubo canapés, bebidas, tabaco y todo eso.

Vea, señor...

El superintendente ya lo veía. Era una veintena de nombres. Y a todos ellos, se le anteponía una palabra común a la totalidad: “Doctor”.

—Oh, no... —gimió—. No es posible que todos ellos fuesen médicos o cirujanos...

—Lo eran, señor —afirmó el agente con pesimismo—. Nos llevará días y días investigar a todos ellos. Médicos de Londres, de otros lugares del país... Una convención de un simposio... ¡sobre cirugía!

—-Lo que nos faltaba... —el superintendente Warren meneó la cabeza con disgusto—.

Cualquiera de estos médicos pudo quedarse en el hotel por más tiempo, sin ser advertido... y penetrar en la habitación de la señora Kimball, sin ser visto. O quizá siendo visto, incluso. Estas mujeres americanas, cuando tienen mucho dinero, cierta edad y viajan sin el marido..., resultan a veces muy casquivanas. Lo cierto es que pudo llegar hasta ella, abrirla en canal... y llevarse sus vísceras en alguna maleta, o arrojarlas a un triturador de basuras, si no tiene objeto para él conservarlas, y lo hace sólo a guisa de detalle personal o por una obsesión enfermiza... En fin, esto es como para volverse loco.

Rematadamente loco, maldita sea...

Y clavó sus ojos en la larga lista de médicos asistentes a la convención posterior al simposio quirúrgico. Sabía que todos ellos tendrían que ser investigados a fondo. Pero sin olvidar a la doctora Marsh. Ni al ladrón de guante blanco, conocido en todos los grandes hoteles de Inglaterra con el nombre de El Enigma.

Un encapuchado misterioso, por cuya identidad real, el superintendente Warren hubiera dado algo a cambio. Ahora, con más motivo que nunca...

* * *

—Su identidad real, Enigma... ¿Cuál es?

—Bueno, creo que después de deberle mi libertad en estos momentos, no tendré otro remedio que confesársela —suspiró con una sonrisa el joven ladrón.

—Estoy esperando impaciente —la joven doctora Hazel Marsh, se cruzó de brazos ante él, esperando su información. Sus ojos pardos brillaban, maliciosos—. Y espero que no me dé la versión habitual en estos casos, de que es usted un aristócrata venido a menos, o un caballero andante que roba a los ricos para dárselo a los pobres... Los tiempos de Dick Turpin, están ya muy lejanos. E incluso los de Lord Lister... (*Lord Lister, era el nombre del personaje que, como ladrón de guante blanco, en la literatura de su tiempo, se hacía llamar «John C. Raffles»*.).

—Creo que voy a defraudarla terriblemente —se quejó con amargura el joven de verdes pupilas y rostro broncíneo, de auténtico deportista—. No sólo soy un caballero andante de esos que usted cita, sino que, también..., soy un aristócrata armiñado.

—Enigma, le hice mi pregunta en serio, no para que se burlara de mí —replicó ella, con sequedad.

—No tengo culpa de que parezca una burla. Mi nombre es Ronald Duncan. Sir Ronald Duncan, para ser exactos. Podrá comprobar fácilmente mi nombre y título, en cualquier biblioteca de la ciudad. Pertenezco a los Duncan de Leicester, nombrados caballeros hace años por Su Majestad. Seguimos disfrutando del título, pero no del dinero ni las propiedades.

—Si eso es falso, haré que le metan en prisión por el resto de su vida —se quejó ella.

—No será preciso. Le mostraré pronto mis documentos de identidad, apenas decida usted lo que hemos de hacer. En cuanto a la segunda parte de la historia, también es cierta. La señora Kimball era una de esas ricas americanas cuyo marido posee pozos de petróleo e industrias, y ella exhibe ostentosamente sus joyas para atraer a jóvenes seductores que vivan una aventura con ella... La pobre señora Kimball ha muerto, y no es cosa de molestar su memoria, pero hay mucha gente como ella, y aún peor. A toda esa clase de personas les despojo de sus riquezas, las vendo a ciertos comerciantes poco escrupulosos, y el dinero pasa luego a instituciones benéficas y a personas que, realmente, necesitan el dinero que otros dilapidan estúpidamente.

—Aunque eso sea cierto, no le exime de su delito. Sigue siendo usted un ladrón.

—Claro, doctora. Soy un ladrón —se echó a reír jovialmente—. No me siento particularmente ofendido por esa palabra. Me considero infinitamente más honesto que quien evade capitales al extranjero, dañando a su Patria, que quien medra a través de la corrupción, que los políticos enriquecidos indignamente, los grandes magnates que explotan a los demás, o los fabricantes de armas que provocan las guerras para vender sus manufacturas. El mundo está lleno de ladrones, doctora. Y muchos de ellos pueden robar legalmente y a la vista de todos, sin que nadie pueda culparles. Eso sí me avergonzaría y me humillaría profundamente.

—Su moral es muy peculiar... sir Ronald —dijo ella, todavía vacilante.

—Desde luego —aceptó él cínicamente—. Nunca lo he negado.

—Ahora, por su culpa de todo eso, se ve en problemas. Y graves.

—Lo sé. Va a ser difícil convencer a ciertas personas de que yo no maté a la señora Kimball.

—Muy difícil, sí. Por fortuna sólo saben de usted que es... El Enigma. Y nada más.

—Pero usted sí sabe ya quién soy...

—Soy la única, por lo que veo. Y no voy a denunciarle.

—¿Por qué no? —la miró, pensativo, con cierto instintivo recelo en su tono de voz y en su mirada. Doctora Marsh, ¿qué juego se trae entre manos, para haberme sacado de aquel hotel como si fuera su esposo, y haberme ocultado al registro policial?

—Uno muy sencillo: encontrar al asesino.

—¿Qué? —la miró sir Ronald Duncan con auténtico asombro.

—Lo que ha oído, amigo mío: encontrar al culpable de ese horrible crimen. Y de otros muchos, cometidos hasta la fecha.

—¿Muchos, dice usted? —enarcó Duncan las cejas.

—Sí, eso dije. Ahora, es ya el tercero. Otras dos víctimas murieron en parecidas circunstancias no hace muchos días. Eran muy diferentes a la señora Kimball. Se trataba de mujeres de una condición social diametralmente opuesta: una masajista de una sauna muy especial, y una camarera de bar nocturno. Tenían poco en común con esa rica dama americana, a excepción de una cosa: la forma de ser asesinadas.

—¿Está segura que todo eso es obra de una misma persona?

—Sí.

—¿Por qué?

—La técnica es la misma: un bisturí bien manipulado, un corte prolongado... y el vaciado de sus vísceras y órganos. Eso, y el sexo de las víctimas, son los puntos comunes a todos los hechos.

—¿Un nuevo Jack el Destripador? —sugirió Duncan, pensativo.

—No lo sé. Tal vez. O quizá algo diferente...

—¿Por qué ese interés suyo en dar con el culpable? usted no es policía. Sólo médico.

—Y cirujana —añadid con cierta sequedad la bella doctora Hazel Marsh, con una expresión preocupada en sus ojos pardos, en el modo de fruncir sus carnosos labios, bajo la breve naricilla.

—Ya. ¿Interés profesional, tal vez?

—No del todo. Evidentemente, el criminal es de nuestra profesión. Doctorado o estudiante, no sé. Pero sabe de medicina, de cirugía, de disección...

—¿Quiere ayudar a extirpar a un indeseable del honesto mundo de Hipócrates? — sugirió irónicamente el ladrón de guante blanco.

—Quiero saber quién mató a una persona a quien yo quería muy de veras, sir Ronald.

Duncan la contempló en silencio, en aquel reservado de una cervecería londinense, al día siguiente de la trágica noche del asesinato en el Londonderry. Parecía, ir de sorpresa en sorpresa con aquella muchacha.

—¿Una persona a quien usted quería? —repitió.

—Sí. Una gran amiga.

—¿Quién pudo ser amiga suya? ¿La señora Kimball, la masajista... o la camarera?

—Ninguna de las tres, sir Ronald.

—La verdad, me desconcierta usted —confesó Duncan, ceñudo—. Acaba de decirme que el asesino ha cometido tres crímenes idénticos. Usted quiere vengar a una amiga suya, víctima de un crimen... y no es ninguna de esas tres. No lo entiendo.

—La historia, sir Duncan, comenzó hace mucho tiempo, no ahora.

—¿Mucho tiempo? —la estudió en silencio, como si empezara a dudar del equilibrio mental de aquella joven y desconcertante doctora.

—Sí, y no me mire así. No estoy loca.

—No he dicho que lo estuviera.

—Pero su mirada es muy expresiva —pareció dejar de interesarse por la litografía de una cacería del zorro en el siglo XVIII, y se sentó frente a Ronald, probando su jarra de cerveza—. La policía quizá no haya caído en la cuenta. Ni siquiera la Prensa. Sin embargo, todo esto comenzó hace ya diez años, en 1965. Entonces, se cometieron los primeros crímenes del Doctor Sangre. Y él no fue jamás encontrado...

—¿Ha dicho... el Doctor Sangre? —de nuevo se encontró Duncan repitiendo unas palabras pronunciadas previamente por la joven doctora.

—Exactamente. Un feroz asesino que mutilaba a sus víctimas, abriéndolas para extirparles órganos internos. Sólo que entonces... fueron hombres. Casi todos. Con una sola excepción: la enfermera Connie Parker, mi mejor amiga y compañera de estudios.

—Pero entonces, usted sería muy joven, doctora Marsh.

—Algo menos que la enfermera Parker, pero no mucho. Ella tenía diecinueve años cuando la asesinaron. Yo, diecisiete.

—Nadie diría que tiene ya veintisiete años —ponderó Duncan, admirado—. Parece tener seis menos.

—Gracias. Pero cumpliré veintisiete dentro de tres meses —el tono de ella era distraído ahora—. Estaba en mi primer curso de Medicina. Fui muy rápida en mis estudios, sir Ronald. Me doctoré aquí, en Londres, regresando luego a Manchester. Aquí conocí a Connie Parker. Ella hacía sus prácticas de enfermera en la Facultad y en el hospital de San Bartolomé. Allí coincidimos y nos hicimos amigas. Por entonces, el Doctor Sangre había empezado a hacerse tristemente célebre. Cuatro asesinatos en Londres, marcaban su sangrienta trayectoria. Todos varones, ya le dije. Y todos víctimas de igual técnica que la utilizada ahora. De repente..., fue Connie. La única víctima del sexo femenino. La encontré yo, precisamente.

—¿Usted? —se estremeció levemente Duncan.

—Sí. En el campus de la Escuela de Medicina de San Bartolomé. Ya sabe usted que está en Aldergate, y el hospital del mismo nombre en Holborn. Fue en la escuela. Hallé su cadáver, abierto en canal, cerca del pabellón de estudios anatómicos. Le habían despojado de su corazón, su hígado, sus riñones... Parecía la obra de un loco, de un sádico. Pero también de un cirujano. De un profesional. El hallazgo macabro me provocó una larga crisis nerviosa. La policía investigó, como había investigado todos los sucesos

aquellos hasta entonces. Muchos médicos fueron interrogados, vigilados. Pero no sacaron nada en limpio. No era igual que manejar sospechosos habituales o delincuentes con una larga lista de antecedente. Había que buscar entre honorables médicos, estudiantes de Medicina y catedráticos de Cirugía, Demasiado vidrioso el camino para la torpeza de la policía. No sacaron nada en limpio. Los crímenes quedaron impunes. E incluso muy pronto se silenció todo, entre otras razones porque la muerte de Connie fue la última de la serie. El criminal dejó de repetir sus ataques, No hubo más crímenes. Y lentamente, el tema fue perdiendo actualidad... hasta que se olvidó totalmente. El dossier policial se archivó sin duda... quedando todo impune.

—Entiendo... —reflexionó Duncan unos momentos, apurando su propia cerveza. Luego, miró fijamente a la doctora—. Aún no me ha dicho por qué le llamó... Doctor Sangre.

—La razón es evidente. Todas sus víctimas estaban en un baño de sangre, como esa señora Kimball a quien usted encontró... Los propios estudiantes y médicos de la Saint Bartholome Medical School, le bautizamos con ese nombre al anónimo criminal. Entre nosotros, siempre que aludíamos al asesino de Connie Parker, le llamábamos el Doctor Blood (*Blood: sangre, en inglés*). Algún periodista debió captar el apodo, y algunos diarios lo publicaron en primera plana por entonces. Luego, también la Prensa se olvidó del caso. Han pasado diez años, sir Ronald. Y, de repente... todo vuelve a ser como entonces. Idéntico.

—Es sorprendente. Diez años de silencio..., y vuelta a empezar. ¿Qué razón puede haber para ello?

—No lo sé. Pero de algo estoy segura: es la misma persona. Por la causa que sea, permaneció sin actividad durante este período de tiempo. De repente, volvió a atacar. Tal vez se curó parcialmente de su locura, y ésta ha vuelto a presentarse. Considero que, para' actuar de este modo, es preciso estar loco, sufrir algún complejo, ser paranoico o esquizofrénico, sir Ronald...

—¿Es una conclusión profesional?

—No, claro que no. Yo no soy psiquiatra. Sólo doctora en Medicina y Cirugía general.

—Ya. De todos modos, hay algo curioso en todo esto...

—¿Qué?

—Aquella vez, hubo un crimen en el campus de una Escuela de Medicina. . Ahora, en un hotel donde había una convención de médicos...

—Y recientemente, sir Ronald, apareció muerta una chica, la “masajista” no lejos del hospital Middlesex. Precisamente una enfermera que terminaba su turno la encontró. Y esa enfermera, para más casualidad, es la prometida de un médico forense.

—Médicos... —suspiró Duncan—. Siempre médicos...

—No siempre. Los cuatro hombres muertos entonces, aparecieron en diversos lugares.

La camarera del bar nocturno, ahora, fue hallada en un paraje solitario,

cerca del puente de Lambeth, tras un seto. Al parecer, fue la primera víctima de la nueva serie sangrienta...

—Dios mío —murmuró sir Ronald Duncan—. Y pensar que a estas horas, en alguna parte de Londres, ese menstruo hace su vida normal, sin que nadie sospeche ni de lejos, que, tras su respetable apariencia de médico o cirujano, se oculta un asesino salvaje, quizá enloquecido...

Hubiera querido imaginarse dónde. Y quién era. Pero eso era imposible. Era imposible, pese a que en ese momento, la doctora Marsh le espetaba con brusquedad: —Para eso le saqué del atolladero, sir Ronald. Quiero que usted capture al asesino.

Quiero que descubra quién es el Doctor Sangre...

CAPITULO IV

El doctor James S. Quayle tuvo una leve sonrisa en su rostro rugoso, bajo los cabellos canosos. Miró a sus dos visitantes con aire de perplejidad.

—Disculpen, señoras... —habló gravemente.

—Señoritas, doctor Quayle —rectificó vivamente una de ellas, irguiéndose con altivez y casi con aire ofendido—. Señoritas... Ella es la señorita Tarleton. Yo... yo soy la señorita Pennyweather.

—Muy bien, señoritas Tarleton y Pennyweather —suspiró el médico con aire apacible y gesto resignado—. Sigo sin comprender bien el motivo concreto de su visita...

—Doctor Quayle, usted es ahora un vecino de esta calle nuestra de Westminster donde ha establecido su consulta... —habló el portavoz de la femenina pareja, con su aire estirado y cursilón—. En esta condición deseamos exponerle el caso.

—El caso..., ¿qué caso, exactamente? —se interesó, con aire desorientado, el médico de avanzada edad.

—La inmoralidad, doctor.

—¿La qué? —Pestañeó Quayle, con evidente aire de asombro, —Inmoralidad pública —remachó gravemente la señorita Tarleton, apoyando a su compañera—. Pertenecemos a la Asociación de Vecinas Respetables de Francis Street, doctor. Y en esta calle, desgraciadamente, ya no basta con los desagradables y ruidosos pubs de que siempre "disfrutamos", sino que dos locales de mala nota, dos bares de chicas se han establecido recientemente..., ¡y ello mancha el buen nombre de nuestra comunidad, con inconfesables pecados nocturnos que tienen lugar tras sus vidrios oscuros, sus luces rojas y sus reservados!

—Entiendo —sonrió el médico, moviendo con lentitud su respetable cabeza canosa—.

Se refieren a esos dos nuevos clubs...

—Antros infernales, diría yo. Nidos de pecado y tentación —consideró la señorita Pennyweather, altivamente, estirando su cuello largo y huesudo, digno de un ejemplar de buitre—. Doctor Quayle, queremos recoger firmas de honorables vecinos, para que las autoridades estudien seriamente el cierre de tales establecimientos, por respeto a la honorabilidad de este vecindario.

—Me parece una medida muy altruista —aceptó, pensativo, el doctor Quayle.

—¡Oh, estaba segura de que usted comprendería, doctor! —Se entusiasmó la dama—, ¿Entonces será tan amable de firmarnos ese documento, para que podamos unir su muy digna firma a la de otros vecinos no menos interesados en que el asunto siga adelante, para bien de todos?

El doctor Quayle se había puesto en pie, caminando encorvado, hasta la ventana de su consultorio. Contempló el exterior, donde las luces del

atardecer se tornaban más y más indecisas, y se encendía el alumbrado público. Un grupo de mozalbetes que jugaban al fútbol, en un solar, recogían su pelota de goma y se retiraban ya. Los escaparates de las tiendas del barrio, comenzaban a iluminar las aceras. Clavó sus ojos en las distintas luces rojas de los dos locales que escandalizaban de tal modo a sus visitantes.

—Bien, señoritas —aceptó al fin, con un suspiro—. Gustosamente les firmaré ese documento. Luego, les ruego me dejen, porque tengo mucho trabajo y...

—Oh, por supuesto, doctor, por supuesto —se apresuró a asentir la inefable señorita Pennyweather—En cuento nos firme, nos iremos...

—Puede estar seguro de ello —corroboró, como un eco viviente, la señorita Tarleton, moviendo enfáticamente su cabeza, rematada por el absurdo moño—. Nadie se imagina que nos decidimos a visitarle, doctor. Cuando nuestras compañeras de Asociación se enteren de que tuvimos el valor de venir a su consulta y pedirle este favor, y vean su firma en el escrito, van a llenarnos de alabanzas, estoy segura...

En ese momento, sonó el teléfono encima de la mesa del doctor Quayle. Este frunció el ceño, mirando el teléfono con aire pensativo. Se acercó a la mesa.

—Disculpen —dijo secamente a sus dos visitantes. Descolgó, ante el asentimiento mudo y entusiasta de las dos mujeres, si es que podían ser consideradas como tales aquellas figuras enjutas, acartonadas y sin una sola curva visible ni imaginable en su anatomía vertical, y preguntó—: ¿Dígame? Doctor Quayle al habla...

Su voz era firme y segura, haciéndole parecer más joven de lo que su aspecto físico señalaba. Al otro lado del hilo, una voz de mujer sonó melosa, cálida: —Doctor, soy yo. Gladys.

—Oh, entiendo... —miró de soslayo a sus visitas, que parloteaban entre sí, en murmullos—: ¿Algo nuevo?

—Nuevo e importante. Un paciente.

—¿Ahora?

—Hoy, sí Esta noche. Paga bien.

—¿La tarifa normal?

—Más. Está desesperado. Es el aristócrata: lord Edward Halloway.

—No diga nombres, por favor. ¿Qué tarifa?

—Triple. Necesita la intervención urgente. Algo falló la otra vez.

—Me lo temía. ¿Confía aún?

—Ciegamente. Aceptó mi explicación técnica, doctor. Cree que precisa una o dos intervenciones más. Le he devuelto la confianza.

—Va a ser difícil, Gladys. No tengo material disponible ahora...

—Tiene que intentarlo, doctor. Como sea. Es... es mucho dinero. Y una posibilidad de éxito total, definitivo.

—Lo sé, pero... —vaciló—, ¿Y... el material?

—Si quiere que busque a alguien...

Los ojos del doctor Quayle estaban fijos en sus visitantes. La señorita Tarleton, la señorita Pennyweather... La Asociación ignoraba el hecho de su visita. Nadie sabía que se habían atrevido a molestar al doctor Quayle con aquella ridícula petición... Nadie lo sabía.

Ellas lo habían dicho. Estaban allí, sin saberlo persona alguna...

Los ojos fulguraron tras las pestañas canosas. Bajó los párpados, dominando su emoción y su gesto. Su mano no temblaba al empuñar el teléfono. Ni su voz al responder ahora, con entera frialdad:

—Por favor, venga en seguida. La espero. Creo que encontraré ese material en seguida.

—¿De veras, doctor? ¿Dónde?

—Aquí. La espero. No se demore.

Colgó. Se quedó mirando a las dos mujeres. Sus palabras ahora, al incorporarse, fueron suaves, casi afectuosas:

—Por suerte, dispongo de un poco de tiempo aún —dijo—. Debo excusarme por mi sequedad anterior, señoritas... Yo,.., yo puedo hacer algo más que firmarles ese documento. Si no se oponen, tendré sumo placer en invitarles a un té, mientras comentamos lo relativo a esos dos clubs indignos les podré decir a quién pueden dirigirse, para que las autoridades intervengan en este asunto, rápida y eficazmente...

—Oh, doctor, es usted adorable —murmuró la señorita Pennyweather, enrojeciendo tras aquella expresión—. Le agradecemos mucho sus atenciones... y el té, por supuesto.

—Sí, doctor Quayle —admitió la señorita Tarleton, complacida—. Aceptamos encantadas su invitación.., Será un verdadero placer...

—Estoy seguro de eso —sonrió el rostro apacible del doctor James S. Quayle.

Ellas no pudieron advertir, ni sospechar siquiera, que si un lobo sanguinario podía ser capaz de sonreír, ésa exactamente hubiera sido su sonrisa...

* * *

Gladys miró por el orificio en la pared, hacia el consultorio público del doctor Quayle.

Sabía cómo entrar sin ser advertida, cuando el médico tenía visitas. La opulenta y lasciva enfermera utilizó la puerta trasera, sin producir ruido alguno. Ahora estudió a conciencia a las dos personas sentadas ante la mesa de consulta del doctor.

Ambas parecían dormir apaciblemente. Pero en realidad, estaban despiertas. Sólo que daban leves cabezadas somnolientas, bajo la luz vertical de la lámpara del despacho, pugnando por sonreír afablemente al médico, y escuchar el ronroneo de sus palabras.

Una sonrisa cruel y maligna curvó los labios carnosos, sensuales, de la

enfermera Gladys. Luego, su mano enguantada tocó el pomo de la puerta, disponiéndose a entrar en el consultorio.

Como si ese simple roce hubiera llegado a la sensibilidad del doctor Quayle, éste giró sus ojos hacia la puerta. Gladys hizo girar levemente el pomo. El médico entendió.

Ella estaba allí. Era el momento.

—Bien, señoritas... —comenzó, con su más amable tono de cortesía—. Ahora, les ruego, que pasen a mi salita... Allí firmaré su documento y les facilitaré la tarjeta que conservo, de alguien que puede hacer mucho por ustedes en este asunto... Síganme, por favor.

Ellas se pusieron pesadamente en pie, como si lucharan contra alguna especie de dulce sopor que invadía sus sentidos y sus movimientos. Siguieron al médico, que abrió la puerta y se hizo a un lado, dando la luz del blanco gabinete, para dejarlas pasar. Gladys no era visible por parte alguna en ese momento.

Las dos damas penetraron en el blanco gabinete clínico, con su paso rígido, estirado, y su actual aire somnoliento. Vistas a distancia por algún posible testigo ignorante de los hechos, hubiesen parecido dos personas en trance hipnótico o poco menos.

Sin embargo, las dos estaban conscientes, aunque algo ejercía sobre sus centros nerviosos una especie de efecto relajante, anulando en gran parte sus reflejos y reacciones. Ellas no podían saber que el leve sabor acre del té —un té excelente, por otro lado, que el doctor Quayle había preparado como en un ritual—, era la clave de todo ello.

En realidad, ni la señorita Pennyweather ni la señorita Tarleton tenían la menor idea de lo que les estaba aconteciendo.

Para ellas, el doctor Quayle era un caballero encantador, un auténtico ejemplo de moralidad y decencia, de quien posiblemente muchos buenos vecinos londinenses, deberían tener bastante que aprender.

Cuando la muerte, sangrienta y feroz, se abatió súbitamente sobre ellas entre los blancos muros, los blancos muebles y los blancos reflejos del pequeño gabinete sin aberturas al exterior, quizá llegaron a cambiar de idea por un fugaz instante, y comprender, en toda su espeluznante magnitud, el horror que les tocaba vivir. Pero si sucedió así, fue todo ello tan rápido, tan terriblemente rápido, que apenas si lograron hacerse una remota idea de ello, antes de que sus cuerpos, desgarrados por los golpes incisivos de bisturí, se agitaran en una especie de danza macabra, proyectando chorros de sangre contras los muros y las blancas maderas esmaltadas o contra las vidrieras de los armarios y vitrinas de instrumental quirúrgico, si no era contra las blancas sábanas de la mesa articulada o contra las bombillas de la lámpara.

Los gritos de las muy respetables y moralistas señoritas Pennyweather y Tarleton, se ahogaron entre aquellas paredes como se ahogaban sus propias vidas, desgarradas a golpes de acero punzante que, por un fugaz momento, las despertaron de su letargo.

Debieron irse a la eternidad pensando que los caballeros respetables, como el doctor James S. Quayle, tenían a veces formas extrañas de mostrar su respetabilidad ante unas damas...

Lo cierto es que cuando Gladys remachó a ambas solteronas con otro afilado bisturí, saliendo de detrás de un blanco biombo para sujetarlas durante el brutal sacrificio, ya poca vida y casi ninguna sangre quedaba en las vísceras y arterias de aquellas infortunadas visitantes.

El doctor Quayle, con su blanca bata chorreando un rojo espeso y viscoso que no parecía impresionarle lo más mínimo, y que también empapaba sus guantes de goma fuertemente adheridos a sus dedos, hábiles en el manejo del bisturí, hábiles en el ejercicio de la muerte, se detuvo luego, respirando con fuerza, algo entrecortado, mientras ambas mujeres se desplomaban a sus pies, sobre un aquelarre sanguinolento que causaba escalofríos, pero que ni a él ni a su joven y hermosa enfermera producía la menor inquietud.

Se miraron ambos, con unos ojos fulgurantes, llenos de maligna vitalidad. Luego, Gladys sonrió lobunamente, como ebria en aquella borrachera delirante de sangre humana. El médico siniestro también crispó sus labios en una mueca malévola.

—Perfecto —dijo él—. Eres admirable, querida.

—Lo hago todo por ti —dijo ella, indiferente ante el crimen, pero extrañamente emocionada y palpitante ante la presencia física del médico de blancos cabellos y rostro maduro y ajado.

—Lo sé, amor —susurró el doctor Quayle—. Eres digna de mí. Juntos alcanzaremos el más alto grado de éxito y de gloria, estoy seguro. Será nuestra gloria mutua, propia, íntima. Algo que no compartiremos con nadie jamás. Pero sabremos que es nuestra obra.

Gladys...

—James... —musitó, ella, cálida, estremecida, acercándose a él con ojos turbios de deseo.

Las manos ensangrentadas de él, acariciaron las curvas opulentas de su joven enfermera. Ella gimió de placer, entornados sus ojos ardientes. Por un momento, pareció que iba a consumarse en aquel infierno de sangre, ante los dos cadáveres, un auténtico estallido de pasión sensual, una orgia carnal rodeada de muerte y de horror.

Pero algo, una urgencia, un apremio, detuvo los impulsos lascivos del doctor, cuando su joven enfermera y cómplice se dejaba dócilmente, entregada en las manos y la atracción morbosa del hombre que la dominaba...

—Basta por ahora —cortó él, fríamente sereno, saliendo de su instante de turbia pasión—. Esto apremia, Gladys. Hemos de terminar la tarea.

—Sí, doctor —de nuevo volvía a ser ella la eficiencia personificada, la frialdad profesional, por encima de sus instintos y apetitos de hembra, insensible al dolor ajeno, a la muerte, al horror de la sangre humana derramada—. Ya dispone del material suficiente. Bastará para lord Edward...

—Sobrará —rió él entre dientes con malignidad, contemplando

despreciativo a las dos mujeres sacrificadas. No parecía mostrar por ninguna de ellas más interés o conmiseración que la que sentiría un veterinario tras el sacrificio de dos perros rabiosos, o el matarife después de matar a dos terneros—. Podremos destinar otros órganos a nuestro Banco, para el tratamiento Gamma... Vamos, Gladys, ayúdame, por favor.

—Sí, querido —musitó ella, asintiendo.

Se inclinaron ambos sobre los cadáveres acuchillados en puntos vitales con los afilados y largos bisturís. Procedieron con un mecanismo frío, brutal, deshumanizado, a abrir en canal ambos cuerpos, sin un solo estremecimientos en su firme y seguro pulso.

Luego, unos recipientes de plata, fueron depósito de palpitantes, rojos, estremecidos órganos humanos, que cuidadosamente, el bisturí iba cortando, seccionando sutilmente, sin un desgarro ni un error, con la fría eficiencia de los profesionales de la Medicina.

Corazones humanos, hígados, riñones, órganos genitales femeninos... Todo un perfecto, frío, concienzudo vaciado de vísceras y órganos de aquellos flacos, largos, estirados cuerpos exangües, cuyo color era ahora céreo, amarillento, y su acartonamiento más acentuado, a medida que el rigor de la muerte iba manifestándose en sus infortunados y tristes residuos humanos.

En el gabinete del doctor James S. Quayle, la disección, la mutilación de los cuerpos continuó, como en un gélido e inexorable ritual. Como si el médico y su enfermera no fuesen seres humanos, sino simples máquinas de matar y de destripar, capaces de sobrecoger con su actitud al más despiadado y cruel de los asesinos que jamás había existido.

CAPITULO V

Harry Granger tragó saliva. Se incorporó con un suspiro, cerrando su maletín. Parecía realmente impresionado. Y eso no era habitual en un médico forense, ni siquiera en una ciudad como Londres.

—¿Terminó, doctor? —fue la pregunta distraída del superintendente Peter Warren, de New Scotland Yard.

—Por fortuna... —resopló el joven forense, apoyándose en el muro cercano. Su mirada se apartó del espectáculo sangriento, como si no le fuera posible seguirlo soportando un momento más—. ¿Quiere un anticipo del informe?

—Creo que me lo sé de memoria, doctor Granger —murmuró el policía, sacudiendo la cabeza con amargura—, Abertura en canal, corte limpio e incisivo de profesional, vaciado de órganos... Dos crímenes fríamente ejecutados, posiblemente por un estudiante avanzado de Medicina, por un matarife... o por un cirujano. El bisturí fue el arma empleada en ambos casos...

—Exacto —asintió débilmente el joven forense—. Esta vez han arrancado más órganos del interior de los cuerpos. Incluso sus partes genitales... Pero todo es como usted ha dicho, superintendente. Yo diría que es volver a los tiempos de Jack el Destripador.

—Sólo que estamos en pleno siglo XX, con luz eléctrica, con un Londres mucho más iluminado y vigilado... y en una época en la que los crímenes acostumbran a ejecutarse con armas de fuego o cosa parecida. No lo entiendo, doctor Granger. ¿Qué se propone ese monstruo? ¿Qué clase de maldito maníaco estamos buscando?

—Me gustaría saberlo —confesó tristemente el médico forense, tras una última ojeada a las señoritas Angela Pennyweather y Pamela Tarleton, recién identificadas por las etiquetas de sus trajes de hechura sastre, que no eran adquiridos en serie, sino hechos a medida. Eso hablaba de buena posición social y económica, evidentemente.

El silencio reinó en la callejuela de Millbank Road, no lejos del río, donde había sido hecho el doble hallazgo macabro por un policía de servicio en su ronda de madrugada. Los agentes de Scotland Yard trabajaban en torno, fotografiando y buscando huellas, en un vano empeño por llegar a alguna parte.

La noche había sido muy húmeda, y había señales de neumáticos en las proximidades, pero todo ello era muy confuso. Un experto se acercó al sombrío superintendente Warren.

—Parece que las señales de unos determinados neumáticos son más claras y repetidas que el resto de las huellas —comentó—. Hemos sacado un molde. Yo juraría que pertenecen a una furgoneta comercial muy corriente.

Warren asintió, ceñudo. No esperaba tampoco milagros. Sencillamente, la

serie sangrienta continuaba, y no podía hacer nada por evitarlo ni por encontrar la causa de tales crímenes, o dar con la persona responsable de ellos. Seguía moviéndose en la oscuridad.

—Creo que la autopsia nos revelará poca cosa —comentó el doctor Granger—. Pero de todos modos, tendrá entonces mi informe completo en su despacho, superintendente.

—Sí, Granger, gracias —suspiró el policía. Le vio caminar hacia su pequeño "Morris" oscuro—. ¿Y su prometida? ¿Se encuentra ya recuperada de la impresión?

—Karin es una chica valerosa —sonrió el forense, sacudiendo la cabeza —. De todos modos, imagino que cuando sepa esto, va a sentirse mal otra vez...

—Sí, como todos —agitó Warren una mano en cordial despedida—. Hasta luego, doctor. Mis saludos a la señorita Temple.

—Gracias, señor —Granger se metió en su coche, tirando el maletín profesional en el compartimento de atrás. Parecía deseoso de abandonar cuanto antes aquel lugar, y el superintendente no se lo reprochó. Sin embargo, antes de poner en marcha el automóvil, indagó del policía—: ¿Sabe ya algo sobre esa convención de médicos en el hotel Londonderry, señor?

—No demasiado. Seguimos buscando a la doctora Hazel Marsh, de Manchester. Y también a dos cirujanos especializados en disección de cadáveres en sus respectivas cátedras...

—¿Quiénes son?

—El doctor Kenneth Ashley y el doctor Alan Marlowe. Ambos estuvieron en ese hotel, en la convención durante la cual fue asesinada la señora Kimball...

—Conozco de nombre al doctor Marlowe —asintió el forense, arrugando el ceño—. Se trata de un investigador especializado en el estudio de órganos humanos... y en su posible utilización para trasplantes que mejoren la condición física de los enfermos crónicos...

—Sí, eso he oído. El detalle de hipotético aprovechamiento de órganos humanos, conservados para trasplantes continuados, siguiendo un proceso de regeneración, me ha interesado mucho. Es sólo una teoría, según me dijeron. Pero el doctor Marlowe parece muy convencido de que él puede llegar a conseguir el éxito en ese terreno.

—No es él solo quien sostiene esas teorías, superintendente —comentó el doctor Granger, poniendo ya su coche en marcha—. Una mujer, la doctora Murray, que es por cierto una eminente cirujano, publicaba el otro día en un boletín médico un interesante trabajo sobre Geriatría. Según ella, los métodos de la doctora Asland, de Rumania, pongamos por caso, no pasan de ser simples experiencias sin resultado práctico. Lo positivo sería poder substituir órganos ya envejecidos, por otros nuevos, más jóvenes y vigorosos. Un paulatino cambio de esas vísceras, en una persona, unido a un tratamiento gradual a base de hormonas y de tejidos obtenidos por el tratamiento de los

órganos nuevos de otros donantes, incluso podría rejuvenecer notablemente a una persona de edad.

El superintendente Warren escuchaba absorto el comentario del joven doctor Granger.

Su mente seguía trabajando de forma activa, cuando le formuló una repentina pregunta: —Doctor Granger, ¿quién dice usted que sostiene esa interesante teoría geriátrica?

—La doctora Jessica Murray —suspiró el forense—. Es una notable cirujano que reside en Edimburgo. Y es más: asegura que ya ha practicado tales ideas con órganos donados por personas recién fallecidas, en personas de alguna edad... y los resultados fueron de verdad espectaculares. Pero en su artículo, ella se reserva tales datos, o en el fondo no deja de ser un simple alarde sin base cierta.

—La doctora Jessica Murray... —repitió el superintendente, ceñudo—. Es curioso...

Gracias por su información, doctor Granger. Puede tener más valor del que supone usted.

—¿Por qué? —sonrió el forense, sorprendido—. Es un trabajo que vino publicado hace poco el Boletín Médico de la Real Academia Británica de Medicina...

—Sí, imagino que no constituye ninguna materia realmente secreta, pero... pero da la casualidad, doctor Granger, de que la doctora Jessica Murray, de Edimburgo... era una de las personas que se hallaba presente en la convención médica del hotel Londonderry...

Sólo que a mí me constaba en los datos, simplemente, como “profesora en Geriatría”.

El doctor Harry Granger no hizo ningún comentario. Miró pensativo al policía, y puso en marcha su coche, alejándose del lugar del doble hallazgo macabro. El superintendente Warren se encaminó a su coche patrulla, conectó el radioteléfono y solicitó dé Scotland Yard:

—Esto es urgente. Traten de localizarme inmediatamente a la doctora Jessica Murray, esté en Edimburgo, donde ejerce, o esté en donde sea.

—Sí, señor. Ah, ya hemos localizado al doctor Ashley, aunque todavía no al doctor Marlowe...

-—Bien. Sigan buscándole. Y que el doctor Ashley me espere en mis oficinas. Iré pronto hacia allá...

—Conforme, señor —el policía le informó de pronto—. Ah, otra cosa... En su despacho se ha presentado alguien que, al enterarse de que era buscado, ha acudido a entrevistarse con usted por propia iniciativa.

—¿De quién se trata?

—De la doctora Hazel Marsh, de Manchester...

* * *

—¡Doctora Hazel Marsh!

—Sí, superintendente, yo misma —suspiró ella suavemente, con gesto ingenuo.

—Doctora, ¿sabe que puedo hacerla detener ahora mismo, por engañar a la policía y facilitar la evasión de un ladrón profesional que, además, posiblemente sea autor de un espantoso crimen en la persona de una respetable señora norteamericana que practicaba el turismo en nuestro país? —tronó amenazadora la voz del policía.

Hazel Marsh sonrió con dulzura, mirándole sin revelar temor o inquietud en sus profundas pupilas.

—Superintendente, por Dios —protestó ella suavemente—. Sabe usted que sus acusaciones no son tan fáciles de probar. En primer lugar, yo no protegí a nadie. Soy una mujer soltera, libre de tener una aventura amorosa en cualquier hotel, sin que por ello se resquebraje excesivamente la moralidad británica. Yo no podía saber que el hombre que se acostó conmigo era El Enigma, ese ladrón de guante blanco que parece extraído de un romance de otros tiempos... Por otro lado, superintendente, la señora Kimball difícilmente pudo ser asesinada por El Enigma, puesto que el crimen responde a las mismas características que todos los cometidos hasta hoy en Londres por alguien que sabe mucho de cirugía. Y finalmente, lo que ejercía la respetable dama americana en Inglaterra, distaba mucho de ser sólo “turismo”... a menos que ahora se llame así. Lo evidente, señor, es que ella fue sorprendida en su buena fe por alguien, posiblemente un médico de la convención, lo bastante atractivo para seducir a la apasionada señora Kimball, y una vez en su alcoba, procedió a asesinar la fríamente, huyendo después.

—Doctora Marsh, usted expone teorías como si se sintiese policía y no sospechosa —la acusó fríamente el superintendente Warren—, Recuerde que hay unas valiosas joyas por hallar, que un ladrón está siendo buscado... y un horrible asesinato está sin resolver. Todo ello, tal vez, con su encubrimiento, doctora.

—¿Cree que yo sea el Doctor Sangre, superintendente? —sonrió ella, agresiva.

—¿Que usted sea... quién? —masculló bruscamente el policía, volviéndose a mirarla con auténtico asombro.

—Vamos, vamos. No irá a decirme que no se ha dado cuenta de ello, superintendente —ella le contemplaba con ironía—. El Doctor Sangre... De eso hace ya diez años. Había pasado tiempo. Todo parecía olvidado. De repente, se repiten los hechos. Vuelve el tristemente célebre Doctor...

—El Doctor Sangre... —a regañadientes, el superintendente estudió el nombre, con el ceño fruncido, tras anotarlo rápido en su agenda de encima de la mesa. Luego, pulsó un botón de su intercomunicador y dio una seca orden —: Que busquen en los archivos. El caso del Doctor Sangre. Hace diez años, aproximadamente...

Cerró la conexión. Giró en torno a su mesa, se sentó en ella, tomó un

cortapapeles y se puso a juguetear con él, la mirada fija en su bella y joven visitante. Luego, habló con frialdad:

—Muy bien, doctora. Usted está dándoselas de lista en este juego. ¿Qué se trae, exactamente, entre manos? Recuerde que, por su profesión, y por estar en el hotel Londonderry aquella noche, además del hecho de haber ayudado a evadirse a un ladrón, fingiendo que él era su esposo, está usted metida en el lío hasta el cuello.

—Superintendente, nadie podrá probar nunca que yo oculté a nadie de quien pensara en realidad que fuese un ladrón. Pero una mujer, cuando se ve en un hotel con un hombre, no tiene por qué andar pregonando que ese hombre no sea su marido. Por otro lado, parece obvio que el culpable, si realmente es un módico, será del sexo masculino, no del femenino.

—¿Por qué motivo? No hace falta una fuerza especial para usar un bisturí, cuando se tiene práctica y se sorprende a la víctima...

—Pero la señora Kimball, que yo sepa, no debía ser lesbiana, para dejar que una mujer compartiera esa noche su alcoba, y ser sorprendida de ese modo. Si oye los comentarios de los empleados del hotel, sabrá que allí tenía fama esa dama de todo lo contrario...

—Los he oído —cortó secamente Warren—. Como también he oído que nadie vio entrar a hombre alguno en su alcoba... excepto El Enigma.

—¿Y usted cree que un ladrón de hotel mutilaría con un bisturí a una dama a quien le despoja de sus joyas? —sonrió la doctora Marsh irónicamente.

—Tal vez no —admitió Warren—. Pero usted sigue siendo encubridora de un robo de joyas, y cómplice de un ladrón. Eso es un delito, doctora Marsh.

—Que usted tendrá que probar, superintendente. Además, no he venido aquí a confesar delito alguno, sino a ofrecer ayuda a Scotland Yard.

—¿Ayuda? ¿Usted?

—Ya lo ha visto antes, señor. Usted no recordaba en absoluto al Doctor Sangre. La Prensa, tampoco. Pero yo sí lo recordaba. Una buena amiga mía fue víctima suya hace años. Entonces me dije que no descansaría hasta verla vengada. Pero nuestra policía jamás dio con el Doctor Sangre ni averiguó su siniestra personalidad. Ahora, ese monstruo vuelve a actuar. Estoy segura de que se trata de la misma persona.

—¿Por qué lo cree así?

—Es obvio. Cuando tenga el historial del caso en sus manos, lo comprenderá.

—Tal vez —Warren se frotó el mentón, pensativo, sin quitar sus ojos de la joven doctora—. Por cierto, usted dijo que una mujer no podía ser el criminal...

—Es una simple suposición. Me baso en lo ocurrido a la señora Kimball.

—¿Conoce a la doctora Jessica Murray?

—Cirugía, Y profesora en Geriatría. Es una eminencia, señor —le miró, pensativa—, ¿Por qué la cita?

—Es autora de una teoría muy interesante: trasplantes de órganos jóvenes

a personas viejas. Y tejidos injertados, tratados previamente de alguna forma, con organismos procedentes de cuerpos jóvenes. Una revolución de la Ciencia médica, si diera resultados.

—Algo de eso oí. Pero ignoraba la teoría exacta... —Hazel meditó, preocupada—.

Injertos y trasplantes progresivos... Órganos jóvenes... La vejez, vencida. Si eso fuera cierto, el mundo se convertiría en un vergonzoso y horrible mercado de cadáveres jóvenes, superintendente. Viejos enfermos y ricos, ancianos gastados, con grandes cuentas corrientes, pagarían lo que fuese por ese tratamiento. Significaría el sacrificio masivo de personas con juventud y salud...

—De sobra lo sé —suspiró el doctor Warren. Sombrío, clavó sus ojos penetrantes en su bella visitante—. Hoy han matado a otras dos mujeres.

—¿Qué? —Hazel casi dio un respingo en su asiento, mirándole con renovado horror.

—Dos solteronas, De treinta y dos y treinta y cuatro años. Placas y puritanas, pero llenas de salud, al parecer. Las vaciaron totalmente. Las encontramos en un pasaje de Millbank...

—Dios mío... —ella bajó la cabeza, estremecida, realmente impresionada —. Dos más...

Esto es como una orgía de sangre. ¿La misma mano, señor?

—Evidentemente, sí.

—Millbank... Otra víctima fue hallada cerca de Lambeth Bridge... Todo en Winchester, ¿no es cierto?

—Sí —Warren fingió haberse dado cuenta de eso, pero no era así. Anotó con rapidez el dato en su agenda, sin dejar de mirar a Hazel—. Es usted muy sagaz, doctora... ¿Dónde estuvo esta madrugada y esta noche pasadas?

—¿Busca mi coartada? —ella sonrió tristemente—. La tengo, superintendente. Estaba con mi prometido. Naturalmente, él no sabe nada de ese asunto del hotel Londonderry...

—Ya. ¿Quién es su prometido?

—Un noble. Un aristócrata: sir Ronald Duncan. De las mejores familias de Londres...

“NUEVAS Y SENSACIONALES NOTICIAS SOBRE LOS SANGRIENTOS ASESINATOS.
DOS VICTIMAS EN LAS ORILLAS DEL TAMESIS AUMENTAN EL NUMERO DE CRIMENES.
¿HA VUELTO EL DOCTOR SANGRE,
TRAS DIEZ AÑOS DE SILENCIO?”

Ronald Duncan sonrió, moviendo la cabeza. Dejó el periódico junto a sí, tras hojear lo más importante de la noticia publicada a toda plana en la Prensa más sensacionalista de Londres.

—Hazel se salió con la suya —comentó entre dientes—. Ha logrado que los periodistas desentierren el nombre del Doctor Sangre... Tal vez eso no le haya gustado a alguien.

Buscar a un criminal que ya actuaba hace diez años, limita mucho el campo de posibilidades. No puede ser ningún médico demasiado joven...

Allí se publicaba un largo resumen sobre los crímenes del Doctor Sangre en 1965. El paralelismo, a juicio de los periodistas, con los hechos actuales, era tan notable que no podía ser simple casualidad. Evidentemente, se hallaban ante el mismo criminal.

Ronald Duncan se puso en pie. Paseó por el salón confortable del club de solteros del que era miembro. Un club cuyos honorables miembros se darían de baja, escandalizados, si supieran que entre ellos se encontraba, como socio del mismo, nada menos que El Enigma, el ladrón de hoteles más famoso del país. Y posiblemente de toda Europa.

Estaba dándole vueltas todavía a la insólita petición de la doctora Marsh. Aquella mujer era un auténtico, diablo. Le había logrado meter en tal lío, que no tenía otro remedio que seguir sus instrucciones, o se vería en una celda para una buena serie de años.

—Lo peor de todo, es que no soy un detective, ni siquiera aficionado —gruñó para sí—.

No sé por dónde comenzar, realmente. .

Pero tenía que trabajar en todo aquello, le gustara o no. Hazel había ido a ver ese mismo día al superintendente Warren, de New Scotland Yard, encargado del caso, y esa osada maniobra merecía todos sus respetos. Pero Hazel era muy capaz, si él le fallaba, de entregarle a la policía, bien atado de pies y manos.

Ronald no pensaba engañar a Hazel. Aparte de su propia situación, simpatizaba con la joven y con sus propósitos. La idea de hacer justicia, de vengar a una antigua amiga asesinada, gozaba de todas sus simpatías desde un principio. Era un motivo noble y digno.

Además, a él no podía complacerle la idea de imaginarse a un monstruo como aquél, andando suelto por la ciudad. Ya había dos víctimas nuevas en su lista. Dos infortunadas mujeres que quizá habían confiado en él hasta el momento mismo de morir...

Ronald se detuvo en sus paseos. Se dio un leve golpe en la mejilla.

—Sí, eso es... —se dijo—. Una persona respetable, que no provoca sospechas... Tiene que ser alguien así. Mujeres de mala vida, enfermeras, damas con dinero y joyas, solteronas de una asociación moralista... Todas confían en él... o en ella. ¿Por qué? No inspira temor, no despierta recelos. Es alguien al margen de toda sospecha. Tal vez ése sea el camino... ¡y voy a emprenderlo!

Una hora más tarde, sir Ronald Duncan, un caballero joven, guapo, arrogante y de gran cultura, un auténtico gentleman británico, se encontraba en la sede social de la Asociación de Vecinas Respetables de Francis Street,

en Westminster.

CAPITULO VI

Lady Vanessa Bolton era una dama de arrogancia majestuosa. Viuda, pero con aspecto de solterona. Casi tanto como las propias señoritas Pennyweather y Tarleton, tristemente desaparecidas.

La Asociación estaba de riguroso luto. Sus miembros vestían de negro o de gris, se escuchaban sollozos, y había coronas funerarias y misivas de condolencia, apilándose en un vestíbulo que parecía la antesala de una empresa de pompas fúnebres.

Pálida, llorosa, con ojos enrojecidos, lady Vanessa Bolton recibió en su despacho al agradable visitante, cuya figura fue seguida con ojos llenos de un interés muy poco moralista por parte de otros miembros de la femenina entidad, hasta que la puerta se cerró tras de lady Bolton y su visitante.

—Muy bien, sir Ronald —habló la dama—. Usted dirá el motivo de su visita, en tan penosos momentos para nuestra entidad...

—Señera, trataré de ser breve y no alterar su disgusto más de lo estrictamente preciso --sonrió agradable y severamente el joven Duncan.

—Sí, se lo ruego. Tras lo sucedido a nuestras infortunadas amigas...

-—A ello quería referirme, lady Bolton —se apresuró a asentir Duncan—. Me siento profundamente indignado, como defensor de los principios morales de nuestra sociedad, tristemente lanzada hoy día al abismo de la perversión, que dos personas tan caritativas, honestas y dignas, hayan tenido un final semejante. Es mi propósito ayudarlas a averiguar quién y, en qué forma pudo haberlas sorprendido, para atacarlas tan brutalmente...

Porque supongo que ustedes sabrían de todos sus pasos en ese día...

—Desgraciadamente, mi joven amigo, no es así —lady Bolton no perdió la ocasión para apoyar su mano en la de Ronald, y oprimirla con fuerza, sin quitarla ya de allí—. Ellas buscaban lo mejor y más limpio para nuestra corrompida sociedad, es cierto. Pero si bien estaban recogiendo firmas, nadie podría saber en qué lugar y momentos pudieron ser sorprendidas por el monstruo abyecto y...

—Lady Bolton, ¿recogían firmas? ¿Con qué motivo, exactamente?

—Oh, sir Ronald —los dedos de la dama apretaban los suyos patéticamente, y hasta subían a su muñeca, oprimiéndola con ternura—. Esos indignos clubs de mujeres en nuestra propia calle... ¡Son un insulto, un oprobio a la moral de dignos ciudadanos!

Pretendíamos erradicar de una vez por todas semejantes centros de perversión, y ellas, santamente, se ocupaban de tal tarea con todo entusiasmo... Al parecer tenían recogidas ya varias firmas, pero lo cierto es que ya nunca lo sabremos, pues esa lista no apareció con sus cuerpos... y nuestras queridas y nobles amigas jamás hablarán ya...

—De modo que ignoran qué personas fueron visitadas para esa recogida de firmas... ni en qué lugares —apuntó sir Ronald, pensativo.

—Exacto. Pero, desde luego, la tarea se iniciaba en esta calle, lógicamente... Es en ella donde están esos locales nocturnos de mala nota, que hieren nuestra dignidad...

Sir Ronald salió de la Asociación poco después, y respiró con alivio al sentir la suave llovizna en la calle. El asfalto de Francis Street estaba ya mojado, y miró a un lado y otro de la calle. Había numerosas pubs, boutiques modernas y todo cuanto pudiera indignar a las muy respetables damas. Y, sobre todo, dos locales de muy dudosa catadura, cerrados habitualmente durante el día.

Caminó hasta ellos, observando cada edificio, el nombre de las personas y profesiones indicados en sus puertas correspondientes...

Se detuvo de súbito ante un edificio que en nada se diferenciaba de los demás.

La fachada, gris y vulgar, no ofrecía el menor detalle de interés a ojos de sir Ronald Duncan. Pero los agudos ojos del joven aventurero, se clavaron en la placa de latón situada junto a la puerta, y encima del timbre de llamada. La mente ágil y serena del Enigma, el ladrón y pillo internacional, funcionó a toda presión súbitamente.

DOCTOR JAMES S. QUAYLE
DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUGIA GENERAL

Tal vez era demasiado suspicaz, se dijo. En cualquier calle podía haber un médico, sin necesidad de ir a las costosas consultas de Harley Street. Este consultorio tenía aspecto de ser modesto, para gente de clase media y humilde.

Ronald Duncan era hombre de decisiones rápidas, fulgurantes. No le gustaba perder tiempo, quizá por deformación profesional. Para robar una joya valiosa o para dar un paso a tiempo, era preciso rapidez y determinación. No vacilar nunca.

No vaciló. Subió los tres escalones de acceso a la puerta. Pulsó el timbre y esperó, tan tranquilo como si fuese un paciente que va a visitar al doctor por estricta obligación física.

La puerta se abrió.

Lo primero que vio Duncan fueron dos pechos de mujer que parecían apuntar hacia él como contundentes proyectiles, recortándose agresivamente bajo el almidonado blanco de un uniforme de enfermera. Por encima de ese promontorio, un rostro joven, atractivo y fríamente profesional, estaba plantado de cara al suyo, con mirada interrogante. Y quizá algo sorprendida. Ronald se dijo que vestía demasiado bien en ese momento, para pasar por un cliente habitual de un médico así. Era, quizás, su único error.

Pero no podía volverse atrás, ni creía que los ojos agudos de la bien dotada enfermera hubiesen pasado ya por alto ese detalle. Su sonrisa se había hecho de súbito acogedora, casi como una invitación.

—Buenos días —saludó con voz melosa, profunda y cálida.... ¿Qué desea, caballero?

—Bueno, lo cierto es que no me encuentro muy bien en toda la mañana. Quería ver al doctor Quayle...

—El doctor no recibe por las mañana. Su hora de consulta es de cuatro a cinco y media de la tarde. Si quiere darme su nombre, anotaré su visita para hoy mismo...

—Sí, gracias —audazmente, extrajo una tarjeta de su bolsillo, tendiéndola a la enfermera con sencillez—. ¿Seguro que me recibirá hoy? Tengo unos dolores de cabeza y...

—No tiene que preocuparse... sir Ronald —dijo ella, tras mirar la tarjeta. Luego, le contempló con cierta sorpresa—. Me ocuparé personalmente de ello, anotando su nombre. Le espero a las cuatro y media en punto.

—No faltaré —prometió Duncan, sereno, con su mejor sonrisa. Se inclinó cortés, sin quitar sus ojos del busto de la joven—, Gracias, señorita. Ha sido muy amable.

—Es un placer. Lo cierto es que no acostumbramos a tener tan distinguidos clientes en esta vecindad —comentó ella, estudiándole con unas pupilas que se le antojaron frías y penetrantes—. ¿Cómo no ha ido a Harley Street, sir Ronald?

—¡Harley Street! —Resopló Duncan—. Detesto esa calle... Los que tienen allí su consultorio, creen que todos los enfermos de Londres somos millonarios. Y le aseguro que, pesa a mi título y mi traje, mis bolsillos no andan demasiado boyantes...

Le guiñó un ojo, malicioso, y ella sonrió, aunque Duncan juzgó que era una sonrisa que no significaba nada,

—Entiendo —asintió la enfermera—. Y estoy de acuerdo con usted. No lo olvide. A las cuatro treinta, sir Ronald. ..

—Hasta entonces —agitó su mano, con una cortés inclinación, y se marchó calle abajo, sin volver una sola vez la cabeza.

La puerta del consultorio del doctor Quayle se había cerrado. Pero Duncan hubiese jurado que, tras aquella cortina de la ventana del piso bajo, unos ojos de mujer, fríos e inquisitivos, le seguían con mirada llena de recelos y de dudas.

* * *

—Doctor James S. Quayle... Aquí está.

El dedo de Hazel Marsh se detuvo en el nombre y dirección del médico. Examinó su número del Colegio Médico de Londres, y los demás datos. Alzó la cabeza, sorprendida, clavando sus expresivos ojos en Ronald.

--Mal asunto, amigo mío —dijo, pensativa

—¿Por qué?

—El doctor James Spencer Quayle tiene ahora sesenta y ocho años. Está

doctorado en 1929... Se estableció en Harley Street en 1938. Luego, no debió brillar demasiado, y pasó a otros barrios. Lleva ahora cosa de dos años en Francis Street, en Westminster. Es todo lo que indica el Anuario Médico. Parece ejercer más la Medicina general que la cirugía. Y eso, desde hace tiempo.

—¿Eso es mala cosa para sus teorías, doctora? —sonrió Duncan.

—Muy mala. Un hombre con sesenta y nueve años, difícilmente puede agredir a mujeres jóvenes, a menos que las sorprenda y reduzca antes del ataque mortal...

Y, desde luego, dudo mucho que posea suficiente sexy para meterse en la alcoba de una rica americana deseosa de aventuras galantes...

—Sí, eso es cierto —convino Duncan, pensativo—. Por otro lado...

—¿Qué?

—No sé. Los médicos viejos acostumbran a rodearse de gente como ellos. El caso del doctor Quayle no es ése precisamente...

—¿Lo dice por esa enfermera tan estupenda que me ha descrito?

—Sí —rió burlonamente Duncan—, Tiene los pechos más llamativos que Raquel Welch.

Es joven y respira vitalidad. Juraría que es una hembra devoradora,, doctora Marsh.

—Usted debe tener experiencia en esas cosas —dijo ella secamente.

—La tengo —Duncan enarcó las cejas—. En un consultorio tan sórdido, esa chica debería sentirse agobiada. Y no me lo pareció en absoluto.

—Tendrá una moral muy fuerte —bromeó Hazel, pensativa—. De todos modos, no podemos pedir milagros, Duncan. Sería demasiado esperar, que su primer paso nos diera una solución inmediata del caso. Confío en su inteligencia y astucia, pero no tanto.

—Muy amable —Duncan se inclinó hacia ella, burlón—. ¿Qué averiguó usted?

—Unas pocas cosas. Entre ellas, que la policía no tiene ni idea del asunto. Van a ciegas por completo.

—Me lo temía. Como nosotros...

—Peor. Si yo no se lo menciono, nadie había pensado en el Doctor Sangre.

—El Doctor Sangre... —sir Ronald sacudió su cabeza, perplejo—. Doctora, me resisto a creer en los locos, maníacos y sádicos, para justificar todo delito. Creo que las cosas han de tener una razón, la que sea. Estos crímenes pueden ser cosa de un paranoico o de un psicópata, no lo dudo. Usted, como médico, sabrá más de eso. Pero yo me inclino por algo diferente.

—¿Por qué, exactamente?

—No sé. Un motivo. El que sea... Parece un disparate, pero ¿por qué no pensar que el asesino vacía a sus víctimas por una razón concreta?

—El superintendente y yo hemos pensado en una. Pero suena muy fantástica todavía.

—¿Cuál?

—Geriatría —dijo, concisa, la doctora Marsh.

—¿Geriatría? —enarcó ¡as cejas Duncan—, No entiendo...

Ella se lo explicó. Aludió a la doctora Murray y sus audaces teorías sobre órganos, trasplantes graduales y tejidos tratados convenientemente con hormonas y otros procedimientos. Ronald escuchó en silencio, muy interesado.

—Sí, suena fantástico —admitió—. Pero es una posibilidad que encaja en mi idea previa del asunto. Al menos... es un motivo.

—No vaya demasiado deprisa, Ronald. Ese monstruo debería tener una especie de... de Banco de órganos, como se tiene de ojos en Oftalmología. Y tendría clientes. Clientes viejos e importantes que guardaran el secreto celosamente y pagaran enormes sumas a su cirujano clandestino. Demasiado complicado todo para ser cierto.

—El mundo de hoy es complicado —suspiró Duncan—. Mucha gente pagaría fortunas por volver a la juventud. El eterno mito del manantial que nadie encuentra... Acaso la cirugía y la Medicina tengan esa solución, andando el tiempo.

—Duncan, la teoría sigue siendo fantástica en este momento. El tratamiento tendría que dar resultado... o los pacientes se sublevarían contra su módico.

—Pero estarían atados por el mismo secreto. No podrían denunciar al cirujano, porque se denunciarían a sí mismo, al ser algo clandestino, a base de órganos cuyo origen ignoran. Después de todo, el Doctor Sangre sólo podría hacer esas operaciones en una clínica privada, con demasiados cómplices para sentirse seguro: médicos ayudantes, enfermeras, anestesistas...

—Por lo tanto, será una hermosa teoría, pero nada más. Nunca podremos probar que eso fue lo que sucedió. No tiene mucho sentido. No es verosímil. Además, recuerde algo: el Doctor Sangre ha llevado diez años en silencio, sin asesinar a nadie. ¿Por qué habría de esperar tanto tiempo, si su procedimiento daba resultado positivo? Y si no lo daba... ¿a qué arriesgarse de nuevo?

—Existe una posibilidad que explique tan largo paréntesis, doctora —sonrió Duncan, mirándola fijamente.

—¿Cuál? —se interesó ella.

—Imagine que entonces lo intentó... y no tuvo éxito. Fue todo un fracaso a la larga.

Desmoralizado, nuestro doctor deja de experimentar. Pasa años investigando más a fondo. Y de pronto, cree dar con una solución mejor. Experimenta de nuevo. Y esta vez sí resulta. Entonces, necesita más y más órganos, porque mucho individuo en la senectud, con suficiente dinero, recibe la oferta secreta del médico. Quizá alguna prueba de que todo marcha bien. La tentación de rejuvenecer es demasiado grande. Y aceptan el pacto.

Pagan. Son operados en secreto. El doctor agota sus órganos. Necesita más. Siempre más.

A veces, con urgencia. Una paciente, una ramera... una mujer americana,

saludable y vigorosa..., e incluso dos infortunadas señoritas de intachable moral y buenas costumbres, que le visitan para que firme un documento que les sirva para cerrar determinados locales inmorales...

—Está volviendo a su terreno de antes: la calle Francis, en Westminster...

—¿Por qué no? —Sonrió Duncan—. Cerca de allí, hallaron un cadáver, en Lambeth.

Luego, otro en un pasaje de Millbank... Todo coincide.

—Sí, todo —suspiró la doctora Marsh, sacudiendo la cabeza, pensativa—. Incluso el doctor Quayle y su modesto consultorio, ¿no?

—Eso es. ¿Qué más lógico, aunque lo ignorasen en la Asociación, que una visita de las dos mujeres al médico de la vecindad, con su pliego de firmas? Es más; incluso tal vez pudieron mencionar que nadie sabía de su visita al consultorio..., y eso selló su destino fatalmente.

—Ronald, ¿es usted Raffles o Sherlock Holmes? —se interesó Hazel, sarcástica.

—Una mezcla de los dos —rió Duncan con buen humor, guiñándole un ojo—. Mi querida doctora, usted me ha metido en esto. Ahora estoy tomándole gusto al asunto.

—Se precipita. Una primera pista no puede ser válida. Sería demasiado afortunado, demasiado casual...

—Fortuna y casualidad son simple azar. Yo lo hice siguiendo un método lógico, que diría el propio Holmes —comentó Duncan, burlón—. Fui al barrio donde han aparecido ya tres cadáveres. Y donde las dos últimas víctimas residían. Vi un consultorio médico cercano. Entra en lo lógico visitarlo.

—Y su doctor tiene casi setenta años. Eso le descarta totalmente, Duncan.

—¿Por qué, doctora? —Rió sir Ronald, mirándola con desafío—. Usted me ha presentado una teoría audaz: una doctora tiene ideas avanzadas sobre Geriatría ¿Sólo ella? No. Posiblemente muchos médicos especialistas busquen cosas así. Imagine que alguien perfecciona —o cree perfeccionar— el método de la doctora Murray. Y lo lleva a la práctica.

—Ya hemos hablado de eso, Duncan. No puedo creer en que ello sea posible clínicamente. Tal vez en el futuro. Pero ahora...

— Ahora, puede ser ya el futuro. Imagine que lo consiguió. ¿En quién experimenta primero un investigador? En sí mismo. ¿Qué significaría eso?

Ahora, Hazel Marsh se mostró estupefacta. Le miró con ojos enormemente abiertos.

No se le había ocurrido la idea. De repente, Duncan le abría ese resquicio de luz, y había logrado deslumbrarla.

—¡El propio Doctor Sangre! —exclamó—. ¡Es eso lo que usted sugiere! En ese caso, él... EL SERIA AHORA MAS JOVEN...

—Exacto. Y, por tanto, el doctor Quayle podría tener sesenta y nueve años... y aparentar treinta o cuarenta. ¿Qué mejor evidencia, qué mayor garantía para sus clientes ricos? Todos se pondrían en sus manos ante esa

prueba —Oh, Duncan, usted logra que yo también sueñe imposibles... —ella sacudió la cabeza, con repentino desaliento—. No es posible lo que dice.

—¿Por qué no?

—No en el caso de su dichoso doctor Quayle... Por la sencilla razón de que tal doctor nunca estuvo en el hotel Londonderry, en esa convención médica. Conozco de memoria todos los nombres que Scotland Yard tiene en su lista. No figura ningún Quayle. Y todos debían justificar su personalidad y título, con unas fichas de plástico identificadoras, puestas en nuestras solapas o en el pecho del vestido... Teoría derrumbada, Duncan.

—No aún —perseveró el joven, con gran obstinación—, Doctora Marsh, hasta eso puede que se explique. No tengo todavía una respuesta, pero puede que la tenga. Voy a ir a la consulta del doctor Quayle esta tarde.

—Duncan, no sea loco... Puede peligrar su vida.

—Parece que tengo algo a favor —rió el joven—. ¿No se ha dado cuenta de que todas las víctimas son mujeres? En Geriatría, sin duda, los órganos masculinos no dan resultados rejuvenecedores, es evidente... Eso me pone a salvo, creo yo.

—Siempre que Quayle no sea el Doctor Sangre... y sospeche de usted.

—Procuraré que ello no ocurra,

—Ronald, a veces siento la impresión de que lo que usted quiere, es volver a ver a esa enfermera tan generosamente dotada...

Sir Ronald Duncan dio un afectuoso y cínico pellizco en la mejilla de Hazel Marsh, antes de salir del lugar donde ambos se habían reunido discretamente, al resguardo de cualquier posible vigilancia de los hombres del superintendente Warren sobre la doctora Marsh.

Sin embargo, una vez a solas, la joven distaba mucho de sentirse tranquila. Por ello, optó por abandonar también el reservado, y pedir un taxi.

—A Scotland Yard, por favor —pidió.

Iba a informar al superintendente de algunas cosas más. Pero por supuesto, de algo no pensaba hablar a nadie: la doble identidad de sir Ronald Duncan, como el ladrón internacional llamado El Enigma...

Miró su reloj. Eran las cuatro y diez minutos. Se mordió el labio inferior. Sin saber el motivo, repentinamente, sentía miedo por su joven amigo, al que había metido en aquel arduo problema de sangre y de muerte.

Si la buena estrella y la brillantez mental de Duncan le habían puesto casualmente en el verdadero camino, era mejor avisar al superintendente Warren, para que protegiese a Ronald, en el caso de un auténtico peligro...

Sí. De pronto, Hazel Marsh sentía miedo. Miedo de que Ronald hubiese ido demasiado lejos, y se estuviera metiendo ahora en la boca del lobo...

Hazel tenía a veces corazonadas así. En esta ocasión, no sabía ella lo cerca que estaba de la verdad. Pero iba a saberlo muy pronto...

CAPITULO VII

Gladys dejó que sus prominentes pechos rozasen audazmente el torso del visitante. Los ojos de ambos se encontraron muy próximos, mirándose fijamente. La punta rosada de la lengua de la mujer, asomó insinuante, entre sus mórbidos labios gordezuelos.

—Pase, sir Ronald —invitó con voz ronca—. El doctor le recibirá en seguida...

Duncan pasó a la salita de espera del modesto consultorio. Como siempre, revistas atrasadas, sillas, una mesita, grabados vulgares en las paredes... Siguió jimio a la enfermera. El roce con su cuerpo turgente era ostensible. La lengua de ella era ahora como un estilete entre sus labios. Parecía desafiarle.

—Espero que pueda calmar mis jaquecas —comentó Duncan, tocándose las sienes—.

Mi dolor ha aumentado desde esta mañana...

—¿De veras? —ella le miró, irónica.

—Se lo aseguro —le recorrió con mirada crítica, desde los exuberantes senos hasta sus acentuadas caderas—. Pero sólo con estar aquí, ya me siento mejor...

—Eso es bueno. Siéntese, sir Ronald. El doctor no tardará en atenderle...

Duncan se acomodó, observando que la antesala no tenía aberturas al exterior. La enfermera, erguida ante él, se inclinó para proporcionarle unas revistas. Llevaba la blanca blusa mal abotonada, quizá intencionadamente. Se soltó otro botón. Duncan casi pegó un respingo. Lo que asomaba por el escote, quitaba la respiración.

Ella alzó los ojos. Le miró, sardónica, agresiva casi. Musitó, con voz susurrada: —Tome... ¿le gusta esto?

Sir Ronald no supo si se refería a las revistas atrasadas al mencionar esto, pero su intención parecía muy otra. El joven optó por seguirle el juego.

—¿Si me gusta? —murmuró—. Ya ni siento el dolor de cabeza...

Y la tomó en sus brazos. Atrajo a Gladys hacia sí. Ella se dejó manipular. Clavó sus uñas en la nuca de él, mientras Duncan succionaba aquellos labios golosos y aquella punzante lengua maliciosa y traviesa, Estrujó contra sí aquella anatomía exultante, resiguió las curvas con dedos acariciantes...

Pero estaba; despierto. Muy despierto, pese al aparente estallido de pasión y deseo.

Vigilaba a su espalda, por si alguien aparecía, por si era atacado...

Nada de eso sucedió, Duncan seguía manipulando dócilmente a la hembra entregada en sus brazos. Era un cuerpo que no se resistía, que vibraba de deseo, de pasión. Las bocas se estrujaban. Notó que ella ni siquiera parecía respirar al besarle...

Respirar...

Fue un aviso. Un chispazo. La luz roja de alerta en su mente. Ronald

Duncan comprendió de repente que, pese a su astucia, había caído en la trampa más vieja del mundo. Se apartó violentamente de Gladys. Sus macizos pechos semidesnudos, ya no tenían aliciente para él. La sala le daba vueltas. El aire olía a algo agrio. Ella no respiraba aún! Tenía apretados los irónicos labios, inmóviles las aletas de sus fosas nasales.

Gas.

Un gas incoloro, casi inodoro... La salita sin puertas ni ventanas abiertas... Sintió que le zumbaba la cabeza, que todo giraba más y más...

—Maldita... —jadeó—. Es... una... trampa...

Cayó de bruces, a los pies de la enfermera. Ella sonreía con sus ojos malévolos. Sin respirar. Taconeó el suelo. Ahora, la puerta del consultorio se abrió. Apareció el canoso y maduro doctor Quayle, con una máscara sobre el rostro. Le aplicó otra a Gladys, mientras ella introducía otra vez su busto bajo el uniforme, y respiraba con fuerza.

—Te lo dije —silabeó el doctor—. Era un espía. Sospechaba de nosotros.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Matarle?

—No. Sus órganos no nos sirven —jadeó—. De momento, sólo son útiles los de mujer...

Gladys, este hombre es algo más que sir Ronald Duncan. Creo que es el ladrón del hotel Londonderry: El Enigma...

—Es guapo, fuerte y atractivo —comentó ella, con lástima.

—Olvida eso —se irritó el doctor—. Vamos a presentarlo nuevamente como si fuese... el Doctor Sangre. Ya que esa maldita doctora Marsh ha desempolvado el viejo asunto, lo usaremos contra su protegido...

—¿En qué forma?

—Esta tarde necesitamos una nueva víctima. Los órganos para ese millonario, el nuevo cliente... Nos servirá sir Ronald para dejar a la policía sumida en la confusión. Pero, eso sí: tendremos que abandonar este consultorio..., y el nombre de Quayle. Definitivamente, querida.

—Lástima...

—No te preocupes —rió su jefe—. Aún nos queda otro nombre para ejercer, tú lo sabes... Además del Doctor Sangre, el hombre capaz de devolver la juventud al ser humano... Vamos a atar a ese hombre. Lo ocultaremos en el sótano, Y luego, en la furgoneta...

Muy pálida, Hazel Marsh se encaró casi violentamente con el superintendente Warren.

—¡No, superintendente! —clamó—. ¡Usted no puede creer esa historia! ¡No es posible que caiga tan tontamente en el cepo!

—Mi querida doctora Marsh, empiezo a estar harto de usted y de su modo de quererme guiar en este caso —se irritó el policía—. Lo cierto es que su amiguito, sir Ronald Duncan, debe ser, sin duda alguna, El Enigma en persona. Más que eso: es quizá el asesino de mujeres, y toda esa fantasía del Doctor Sangre, algo que usted ha buscado para protegerle desesperadamente.

—Eso es un puro disparate, señor.

—¿Disparate? ¿Lo es acaso, encontrarle a poca distancia de donde ha sido hallado el último cadáver, el de esa joven empleada de los ferrocarriles de cercanías, con el bisturí en su mano, el maletín con algunos órganos humanos dentro, y sólo casualmente derribado por un coche que se dio a la fuga, inconsciente y sin haberse podido deshacer del cuerpo del delito y de las pruebas acumuladas sobre sí? ¿Eso es disparate? Doctora Marsh, ese hombre es un ladrón de hotel, estuvo ya en la habitación de una dama asesinada, y ahora se le encuentra cerca de otra víctima, con todo el material de su horrible crimen en las manos. ¿Qué más necesitamos para acusarle de asesinato?

—Superintendente, le hablé de ese consultorio de la calle Francis...

—Ese consultorio ha sido ya registrado, sin hallar nada especial en él. El doctor Quayle, su titular, parece haberse ausentado al extranjero, cerrando la consulta. Era un hombre de casi setenta años, y ha dejado de ejercer hoy mismo, marchándose. En la vecindad, era muy apreciado y respetado, de modo que no hay nada contra él en absoluto. Ni tampoco evidencia alguna de que su amiguito estuviera hoy allí. Todo eso forma parte de su propia coartada que usted, como una tonta, se tragó, llegando a hacerse encubridora suya, y casi, casi, cómplice en sus crímenes.

—Pero, entonces, ¿por qué no buscan al doctor Quayle, por qué no le traen aquí y le interrogan? —clamó la joven, airadamente.

—Entre otras cosas, mi joven doctora, porque ese doctor Quayle, a juzgar por los folletos que tenía en su despacho, ha debido partir hacia Brasil, y no tenemos medio legal de hacerle volver. Y por otro lado, porque no hay contra él acusación formal alguna.

—¡Pero Sir Ronald no es médico! ¡Y todos han dicho que el asesino es un cirujano!

—En eso, tiene razón la doctora Marsh, superintendente —terció el doctor Granger que, como forense, estaba presente en la oficina, con su informe sobre la última autopsia, a la espera de que la violenta escena terminase—. Veo muy raro lo de ese joven Duncan...

El no estudió siquiera Medicina, según creo... Y sólo un experto haría esos cortes, ya se lo dije.

—¡Al diablo con todos! —Se enfureció Warren—. Usted, doctor Granger, limítese a su trabajo forense y déjeme a mí lo demás, ¿entendido?

—Sí, señor —el joven forense cambió una mirada expresiva con Hazel Marsh—. Yo..., yo sólo pretendía hacerle ver las cosas, superintendente. Cuando esta joven colega mía vino a informarle del peligro que corría su amigo Duncan en la consulta de Francis Street, no me pareció en absoluto que mintiese ni estuviera sometida a la influencia de nadie...

Era evidente que sospechaba del doctor Quayle. Y éste dista mucho de haber obrado con claridad...

—Mire, Granger, deje aquí el informe de la autopsia, y lárguese con su prometida o a donde quiera, pero déjeme en paz, y no se meta en esto. Si ese joven no resulta ser el asesino, y todo ha sido un truco del tal Doctor Sangre,

me tienen sin cuidado... ¡Lo cierto es que sí es El Enigma, y por ladrón de joyas pasará unos cuantos años en prisión!

—Está bien, señor. Aquí tiene mi informe —Granger puso el documento sobre la mesa—. Pero tal vez le interese saber que los órganos humanos que hallaron en el maletín de Duncan... no correspondían a la joven empleada de ferrocarriles asesinada esta noche...

—¿Qué es lo que dice, doctor Granger? —aulló Warren, desconcertado.

—Lo que ha oído. Eran órganos de mujer extirpados, pero llevaban al menos dos o tres fechas fuera del cuerpo de donde se extrajeron... —Granger sacudió la cabeza, encaminándose a la salida—. Mi ayudante el doctor Kane y yo, estamos de total acuerdo en ese punto. Por tanto..., ¿qué fue de los órganos de la última víctima del Doctor Sangre?

Una buena pregunta sin duda, señor...

Y con gesto irónico, el forense cerró suavemente la puerta tras de sí.

Hazel Marsh clavó sus ojos agresivos en el policía. Su voz sonó rotunda: —Y bien, superintendente, ¿qué puede decirme ahora? ¿Es sir Ronald Duncan el criminal que estamos buscando?

—No lo sé —resopló Warren, dejándose caer en su asiento—. Pero, desde luego, sí es el ladrón de hoteles que buscábamos nosotros, señorita Marsh..., perdón, doctora. De modo que dé gracias de que no la encierre también a usted por encubridora de un ladrón.

—Creí que valía la pena perdonar a un ladrón, para dar caza a un asesino como ése.

—Escuche, doctora Marsh: yo haría gustoso un pacto con ese amigo suyo, si él devolviera las joyas de la señora Kimball, y me entregase, atado de pies y manos, al Doctor Sangre. Olvidaría el asunto, rompería su expediente..., y confiaría en que no volviese a las andadas y se hiciera un joven honesto, digno de su apellido y familia. Pero lo cierto es que su amigo Duncan no ha conseguido nada de nada... salvo dejarse encerrar estúpidamente en una celda, para varios años, después de que lo engatusara una enfermera llena de curvas. De modo que déjeme ahora en paz de una vez por todas y...

Golpearon en la puerta con insistencia. Warren dio orden de entrar, mientras Hazel Marsh, desconsolada, se disponía a salir de la oficina de Scotland Yard. Un agente uniformado, entró con aire contrariado. Se acercó al superintendente.

—Señor... —comenzó con voz ronca—. Ha ocurrido algo grave...

—Por todos los diablos, ¿algo más aún? —Se exasperó Warren—. Diga lo que sea, pronto.

—Se trata de... del detenido, de sir Ronald Duncan...

Hazel se volvió vivamente, clavando sus ojos sorprendidos en el policía. Warren dilató sus pupilas, alarmado.

—¿Qué sucede ahora? —clamó.

—Ha escapado.

—¿Que ha... qué? —rugió, estupefacto.

—Escapado, señor... —tragó saliva el policía—. Nadie sabe cómo lo hizo. Se soltó de sus esposas, abatió a sus vigilantes, salió de la furgoneta celular... Y nadie ha podido dar con él. Ah, eso sí. Dejó esto... para usted, señor...

El policía, temeroso, puso en manos de Warren un papel escrito. Este, lívido de ira, leyó el mensaje, mientras Hazel Marsh, con el rostro iluminado por una amplia sonrisa de sarcasmo y de júbilo, lo hacía por encima del hombro del superintendente:

> “Superintendente Warren:
>
> "Perdone que tenga que hacer así las cosas. Soy inocente de esos crímenes. El doctor Quayle es el Doctor Sangre. Pero tengo algunas pocas ideas más. Deje que trabaje a mi modo. Volveré a sus manos con el culpable.
>
> ’’Las joyas de lady Kimball están en el aseo de la habitación de la doctora Marsh, en el hotel.
>
> Dentro del depósito del agua. Intentaré que El Enigma deje de actuar. Pero sólo si tengo éxito y le entrego a su criminal.
>
> "Espero que eso le haga ser benévolo conmigo. Y sobre todo, con la doctora Marsh. Ella es inocente de todo.
>
> ’’Hasta pronto,
>
> "Duncan."

CAPITULO VIII

Hazel Marsh se incorporó, sobresaltada, precipitándose al teléfono.

Solamente había sonado tres veces el timbre, pese a lo profundo de su sueño esta noche. Descolgó el aparato, preocupada,

—¿Sí? —preguntó—. ¿Quién llama?

—Buenas noches, doctora —sonó una voz jovial—. ¿La interrumpí un dulce sueño acaso?

—¡Usted...! —Ella se mordió el labio para no citar nombres, por si la policía controlaba su número—. Oh, es incorregible... ¿Dónde anda metido? Le estuve esperando en el lugar de costumbre...

—Claro. También lo vigilaba la gente del superintendente doctora. No se fía de mí aún.

Ni yo de él —añadió, riendo.

—No tiene usted remedio... Pero es más listo de lo que creía. ¿Cómo logró evadirse?

—No fue difícil. Ya lo había hecho otras veces, en Francia e Italia. Esos policías de mi país tienen mucho que aprender aún... Deberían estudiar al gran Houdini un poco más...

—Deje las bromas aparte, se lo ruego. ¿Qué hace ahora?...

—Busco.

—¿Qué busca?

—Al asesino. Al terrible Doctor Sangre.

—Si Quayle se evaporó, ¿dónde pretende encontrarlo? —gimió Hazel, con desaliento.

—Estoy seguro de que nuestro siniestro médico tiene más de una identidad. Sólo con la de Quayle no hubiera ido demasiado lejos. Recuerde que hablemos de su plan de rejuvenecimiento... El manantial de juventud... Doctora, vi borrosamente al doctor Quayle, antes de desvanecerme.

—¿Y...?

—Era justamente lo que podía esperarse de su edad. Pelo blanco, rostro rugoso, cuerpo encorvado...

—¿Entonces...?

—Falso todo, doctora. Un disfraz hábil. Peluca, maquillaje, acaso una mascarilla plástica adaptable... Hoy día no es difícil conseguir algo así. Pero ¿qué hay detrás de esa fachada?

Un hombre que, aunque tenga realmente setenta años, aparenta muchos menos. Su procedimiento es su mejor arma, su propaganda para la clientela rica, que justifica todos esos abominables crímenes...

—Si fuese así, ¿cómo dar con él? Puede adoptar cualquier identidad...

—Claro. Pero se me ha ocurrido hablarle de eso ahora. Su famosa lista del hotel Londonderry aquella noche ¿La tiene a mano?

—Sí, pero..., ¿no es demasiado arriesgado hablar de todo esto por

teléfono?

—No, no lo crea. Localizar un teléfono lleva su tiempo, incluso para la policía, y ésta es una cabina pública. Cuando lleguen, si tienen interceptada la línea, estaré lejos de aquí.

Por eso le ruego que se dé prisa. Busque esa lista. Y déme un nombre. Uno solo.

—¿Cuál?

—Un cirujano. De Londres o sus alrededores. Poco conocido. Gris, oscuro, sin relieve.

Sin fama. Quizá con poco tiempo establecido... Algo así. ¿Cree que puede hacerlo?

—¡Sí! —los ojos de Hazel se iluminaron—. Sí, espere... Tengo ese nombre... ¿Cómo no se me ocurrió antes? Un médico casi desconocido, de poco tiempo en la profesión, establecido a pocas millas de Londres... Dirige una pequeña clínica particular...

—¡Justamente! Eso es lo que buscamos. Esa clínica... seguro que es el Manantial de Juventud. Adelante, doctora, por el amor de Dios. Necesito esos datos...

Febril, Hazel Marsh buscó en sus papeles. Encontró lo que buscaba: una lista mecanografiada. Tomó un rotulador rojo. Subrayó un nombre. Lo dio por teléfono:

—¡Duncan! —musitó—. Es éste... Doctor Hasper Goldwater... Clínica Woodhill.

Carretera de Stratford.

—Suficiente, doctora. Es usted un ángel. Un ángel encantador Gracias por todo... Ah, antes de que cuelgue...

—¿Sí? —esperó ella, anhelante.

—La enfermera de Quayle no me gustó. Demasiado pecho. Y demasiado ardiente — soltó una leve carcajada—. Me gustaría mucho más besarla a usted, doctora...

Ella enrojeció. Iba a decirle algo, cuando sonó el "clic". Donald Duncan había colgado.

Hazel se quedó mirando al teléfono con cierta ira. Luego, rió de buena gana.

—Incorregible siempre... —murmuró.

Se encaminó de nuevo al lecho. Antes, se detuvo ante el espejo de cuerpo entero. Se miró, en sus prendas íntimas, tal como estaba ahora. Sopesó sus desnudos senos con ambas manos. Brillaron sus ojos.

Eran bonitos. Atractivos, firmes. Y no tan exuberantes, sin duda, como los de la enfermera de Francis Street. La idea de que quizá le gustaran más a Ronald Duncan, la hizo enrojecer de nuevo. Pero se estremeció, con cierta sensación culpable y maliciosa.

No le era posible dormir ahora. Estaba excitada, y no sólo por la picardía de Ronald.

Temía por él. Pero no quería pedir nuevamente ayuda al superintendente Warren. La anterior ocasión había resultado fallida.

Encendió un cigarrillo. Fumó sentada en el lecho, la mirada perdida en el vacío.

Le sobresaltó la llamada en la puerta de su casa.

Asombrada, miró el reloj. Eran las tres y veinte minutos de la madrugada. Una hora muy poco adecuada para visitas. La llamada se repitió, suave pero insistentemente.

Se puso en pie de un salto. Fue a la puerta. Poca gente podía conocer aquel apartamento suyo, recién alquilado en la City. Duncan era uno de ellos. El superintendente, otro. Y nadie más.

—¿Quién es? — preguntó, sin abrir aún la puerta.

—Soy la señorita Porter, matrona de la policía —dijo una voz de mujer, afable y fuerte—. Abra, por favor, doctora Marsh. Me envía el superintendente Warren. Ha ocurrido algo que debo informarle. Es urgente.

Hazel no dudó. No había motivo para ello. Sólo Duncan o Warren conocían sus señas.

Soltó la cadena y corrió el pestillo, abriendo la puerta.

Una mujer de cabello largo y negro, con gabardina, entró rápidamente en el apartamento, saludando con voz recia:

--Buenas noches, doctora. Soy la señorita Porter y vengo a...

Pero tras ella, empujando con violencia la puerta, antes de que Hazel tuviera tiempo de cerrarla de nuevo, entró un hombre.

Un hombre con gabardina gris, sombrero flexible, gruesas gafas oscuras y frondoso bigote caído. Le reconoció inmediatamente, con un escalofrío de horror.

—¡Doctor Goldwater! —gritó agudamente—. ¿Qué significa esto?

Luego, sus ojos se clavaron en la supuesta matrona de la policía, que cerraba la puerta del apartamento, riendo maliciosamente. Vio en su mano un arma automática, una pequeña pistola provista de silenciador.

—Será mejor que no grite, o me obligará a matarla, doctora —avisó la mujer con frialdad.

—Sí, doctora Marsh, sea buena chica —aconsejó afablemente el doctor Goldwater—.

Hemos tenido que venir a verla esta noche forzosamente... La policía no controlaba su teléfono, pero nosotros sí... Hemos captado la llama de sir Ronald Duncan... Es un hombre muy recalcitrante... Empieza a resultarnos molesto...

—Primero fue en el consultorio de Westminster..., y ahora está tras el rastro de la clínica —añadió glacialmente la mujer de la gabardina y la pistola.

Hazel Marsh, horrorizada, empezaba a comprender. Un frío glacial subía por su espina dorsal en estos momentos, ante la magnitud de lo que presentía. Su mente comenzaba a reunir las piezas del espantoso puzzle:

—Usted... usted lleva peluca —dijo a la mujer—. Usted es... la enfermera del doctor Quayle... Y usted... usted..., es el doctor Quayle..., y ahora... ahora es... el doctor Hasper Goldwater... En realidad... en realidad, es... es...

—Soy... el Doctor Sangre —asintió con tono helado el médico de las gafas oscuras, riendo siniestramente—. Sí, doctora Marsh, yo soy...

—Es lástima, pero ahora... ahora será usted quien nos proveerá de órganos vivos, palpitantes... —dijo Gladys, despojándose de un tirón brutal de su negra peluca, al tiempo que el arma de fuego era substituida por un largo, y afilado bisturí que centelleó a la luz del gabinete.

—Sí, doctora —asintió con rapidez el doctor Goldwater, precipitándose sobre la joven antes de que ésta pudiera gritar, y cubriendo su boca con una mano enguantada—. Usted es nuestra víctima de hoy... Hay ricos pacientes esperando ser jóvenes... jóvenes de nuevo, gracias a mi procedimiento...

Y la otra mano del doctor Goldwater, esgrimía ahora un bisturí afiladísimo, que descendió, veloz, hacia la garganta y senos de la infortunada doctora Marsh...

CAPITULO IX

Los ojos dilatados por el terror, se enfrentaron a la muerte cierta.

Hazel Marsh sabía que ahora era su turno de caer, como cayera su antigua amiga de Facultad, bajo el impacto mortal del acero quirúrgico del Doctor Sangre.

No podía hacer nada por evitarlo. Absolutamente nada.

Mientras tanto, con un rictus de espantosa, inhumana crueldad, Gladys, la enfermera, se acercaba a ella, para hincarle su propio bisturí en el vientre, acelerando así el espantoso sacrificio.

Hazel cerró sus ojos y esperó la muerte. En realidad, era lo único que podía hacer.

Luego, la sangre de sus desgarradas arterias, lo salpicarían todo, justificando el siniestro nombre de aquel cirujano de la Muerte...

* * *

En el pequeño apartamento, restallaron con potencia los dos disparos de arma de fuego.

Hubo un doble grito de dolor, y Hazel sintió que algo cálido salpicaba su rostro, sus manos... ¡Sangre!

Pero estaba segura de no haber resultado herida. Era sangre de otras personas...

Entonces abrió los ojos, buscando la explicación de todo aquello.

La encontró, al ver a Gladys y al doctor Goldwater aferrándose sus manos diestras, ambas quebradas por sendos balazos certeros. Los bisturíes trágicos yacían en el suelo del gabinete, tras haberse desprendido de los dedos asesinos.

Hazel, sin comprender, vio el lívido rostro de la enfermera asesina, captó el intento de fuga de su aprehensor, hacia la salida del apartamento. Pero una voz seca, cortante, detuvo su carrera, desde el fondo de la estancia: —¡Quieto, doctor! Quietos ambos... Usted también, Gladys, preciosa... Si me obligan, la próxima vez tiraría a matar, no lo duden...

El doctor Goldwater y su enfermera se quedaron quietos, paralizados por el arma automática que, en la mano del hombre frío, sereno y burlón, les encubría fatalmente, sin dejarles resquicio alguno de evasión.

—¡Duncan! —Hazel le contempló con una mezcla de asombro, gratitud e incredulidad—. Duncan, usted... Le… le imaginaba buscando esa clínica, lejos de aquí.., mientras ellos me asesinaban...

Sir Ronald sonrió, caminando con sus pasos silenciosos, cautelosos como los de un felino. Los mismos que le habían servido para entrar por una ventana, sin ser advertido por nadie. Algo que en él formaba parte de su experiencia profesional...

—Estuve vigilando este edificio, doctora, y vi que alguien te entraba en los sótanos, con un maletín de material telefónico... Ese alguien era mi querida amiga Gladys, aunque algo alterado su aspecto físico para no ser reconocida... Entonces imaginé que iban a controlar su teléfono, por si podían localizarme gracias a eso. Recurrí a la llamada, para hacerles caer en la trampa. Si yo estaba en lo cierto, ellos mismos se delatarían, como así ha sido... La policía nunca controló su teléfono, doctora. Pero ellos, sí. Los asesinos de mujeres... Gladys y el doctor Goldwater, antes doctor Quayle...

—Pero ¿cómo... cómo pudieron ellos saber dónde me alojaba? Sólo usted y el superintendente sabían mis señas... —murmuró Hazel, sorprendida.

—Es cierto. También había algo más. Sólo usted sabía, doctora Hazel, que yo iba esa tarde a la consulta del doctor Quayle con la idea de descubrir algo. Sólo usted conocía mi identidad real, y el superintendente la sospechaba. Al ser atacado en el consultorio de la calle Francis, supe que <yo era conocido por el doctor Quayle. He dado muchas vueltas a eso. Y por lo que usted me ha contado después, até cabos y comprendí...

—Comprendió, ¿qué Ronald? —se sorprendió ella.

—Muy simple, que el Doctor Sangre no tenía dos identidades diferentes, sino tres.

—¡Tres! ¿Y cuál es la otra?

—La de alguien que podía inspirar confianza a la gente. Alguien joven, bien parecido, simpático, con un cargo de responsabilidad y confianza, alguien que pudo estar presente cuando usted informó a Warren de mis propósitos al visitar al doctor Quayle y de su dirección actual en Londres...

Duncan había caminado hasta situarse a dos pasos del doctor Goldwater, que le miraba, colérico, a través de sus oscuras gafas, sujetándose la mano ensangrentada.

Rápido, el joven ladrón de guante blanco disparó su mano hacia el médico asesino, despojándole de un solo tirón de su sombrero y peluca. Luego, le arrancó bigotes y gafas, y tiró de los aros de goma que dilataban su nariz y mandíbulas...

Atónita, la doctora Marsh lanzó un grito de estupor, de incredulidad, ante el rostro joven y bien parecido que asomaba bajo los postizos del doctor Hasper Goldwater:

—¡El doctor Harry Granger! —gritó—. ¡El médico forense!...

* * *

Karin, la joven enfermera, sollozaba en un rincón de la oficina del superintendente Warren.

—Cálmese, mi querida señorita Temple —le rogó el policía paternalmente —. No vale la pena sufrir por un hombre así. Nos engañó a todos. Absolutamente a todos... ¿Quién podía imaginar que nuestro propio forense... fuese el Doctor Sangre? Y después de todo..., ¿por qué no? Un médico, aun

siendo forense, es también un hombre, un ser humano, con lo bueno y lo malo ,1e todos nosotros. Granger es un loco peligroso, un maníaco de grandezas, además de un gran cirujano y un experto investigador... Además, señorita Temple... ya ha visto usted en lo que está convirtiéndose nuestro joven médico forense de brillante porvenir...

Se estremeció la joven, como se estremecieron todos. Nadie se atrevió casi a mirar al doctor Granger, esposado allí, entre los agentes, en presencia de Hazel Marsh, de Ronald Duncan...

El joven forense era un ser arrugado y encorvado por el peso de los años. Su rostro rugoso resultaba repugnante, sus ojos habían perdido el brillo, sus manos sarmentosas se agitaban, una de ellas vendada, en las anillas de acero...

—Mi suero... —jadeó—. ¡Mi suero!... ¡Lo necesito!

—La eterna historia de Jekyll e Hyde —comentó tristemente Ronald Duncan, mientras la joven enfermera que fuese novia de Harry Granger sollozaba con más fuerza—. El invento de la juventud del doctor Granger, necesita ser aplicado constantemente, renovados los tejidos con nuevos injertos de seres recién muertos... Ahora que no tiene forma de renovar su suero, se agota, envejece, se desmorona, convirtiéndose en lo que es, en lo que era realmente el doctor Quayle, la única figura real de este caso... Un hombre de setenta años al que el propio suero rejuvenecedor, envejece ahora más y más, al faltarle... hasta parecer un centenario... Pobre doctor Granger Goldwater - Quayle... Su sueño, y el de hombres ricos, viejos y desaprensivos de nuestra lamentable sociedad, toca a su fin irremisible. No se puede sobrevivir a costa de sangre, de matar a otro... Fracasó hace diez años. Y vuelve a fracasar ahora, una vez más... Era inevitable... Lo s a b í a .

Reinó un profundo silencio en la estancia. El desenlace trágico y terrible del drama del doctor Granger, impresionaba a todos, aunque nadie sintiera compasión por aquella piltrafa humana.

—Llegó a sentirse tan seguro de sí mismo, que incluso en su otra identidad falsa, la del doctor Goldwater, adoptó sus propias iniciales —señaló Ronald —: H. G. Harry Granger, Hasper Goldwater... Era como un alarde, un desafío a todos... ¿Quién sospecharía nunca del joven forense que incluso, llegaba al alarde de audacia de mencionar su procedimiento rejuvenecedor, perfeccionado sobre una teoría aún impracticable de la doctora Murray?

La mano de Ronald Duncan buscó las frías y yertas de la joven doctora Marsh. Ella le miró con gratitud, se dejó acariciar ¡as manos. Le sonrió.

—Gracias, Ronald —susurró—. Te debo la vida...

—Y yo te debo mucho más —sonrió Duncan—, Mi libertad..., y mi rehabilitación.

—Cumplió su promesa, Duncan —habló Warren gravemente—, Está libre. Retiro los cargos. Pero nunca, vuelva a ser El Enigma, ¿entendido?

—Si Hazel acepta ser la señora Duncan, esté seguro de que El Enigma habrá muerto para siempre..., igual que el Doctor Sangre —murmuró

lentamente Ronald, mirando a su joven amiga.

—Oh, Ronald... —ella le miró largamente, con un estremecimiento—. ¿Y aún lo dudas?

Sabes muy bien cuál es mi respuesta... Lo sabes desde la noche misma en que te oculté en mi propio lecho...

—Sí, creo que sí —suspiró cínicamente Duncan—. Pero me gustaba oírlo de tus labios...

FIN